

ILCL
INSTITUTO DE
LITERATURA Y
CIENCIAS DEL
LENGUAJE



**PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE
VALPARAÍSO**

Cuerpos, poder y complicidad femenina en *Impuesto a la carne* (2010) de Diamela Eltit.

Una lectura desde el vínculo materno como lugar de
resistencia

TESINA PARA OPTAR AL GRADO DE LICENCIADO EN LICENCIATURA EN LINGÜÍSTICA Y
LITERATURA (MENCIÓN LITERATURA HISPANOAMERICANA)

ALUMNO: Juan Daniel Robles Parada

PROFESOR GUÍA: Dra. Catalina Forttes Zlaquett

VIÑA DEL MAR, ENERO DE 2019

Seix Barral Biblioteca Breve

Diamelel Eltit

Impuesto a la carne



*“Esa unión, la mía y la de mi madre,
es una alianza indisoluble que nos ha mantenido vivas”*

Diamela Eltit

Agradecimientos

A mi familia, por darme espacios para desarrollarme profesionalmente a pesar de nuestras dificultades personales.

A mi padre, por su sacrificio, alegría y paciencia al verme trabajar arduamente para lograr a cabo este trabajo.

A mi hermana, por su compañía intelectual, quien me orientó en el hermoso camino del saber y la teoría feminista.

Al profesor Hugo Herrera, por darme la posibilidad de ser su ayudante de cátedra a lo largo de este año; por su amistad, sus palabras y su confianza tanto en el ámbito literario como personal.

A mis amigos y amigas, futuros colegas, y mí a mejor amiga: estoy eternamente agradecido con cada uno de ustedes, por su ardua preocupación y apoyo a lo largo de este proceso.

A Crispina Millón, que a pesar de la distancia, me ha estado apoyando y concediendo palabras de afecto y amor.

Pero sobre todo, un especial agradecimiento a mi madre, quien no ha dejado de estar a mi lado en ningún minuto. Al igual que las protagonistas de *Impuesto a la carne*, Ella se encuentra impregnada a mis órganos, mis tejidos y mi mente.

Resumen

El presente trabajo se realiza una lectura analítica de la novela *El Impuesto a la carne* de la escritora chilena Diamela Eltit, publicada en 2010. Esta novela tiene una clara intención de interpelar el discurso exitista motivado por la celebración del bicentenario chileno y del resto de los países latinoamericanos. El objetivo principal de este trabajo es analizar los mecanismos de dominación y resistencia que confluyen en el cuerpo de las protagonistas de esta novela, quienes se encuentran confinadas en un recinto hospitalario. Para ello, se propone *Impuesto a la Carne* como una novela que alegoriza la historia nacional oculta, una en que los cuerpos son patologizados por la institución hospitalaria y disciplinada a partir de mecanismos de dominación. Sin embargo, a medida que avanza la trama, el cuerpo femenino sometido a la experiencia maternal se convierte en un espacio de resistencia y subversión al poder médico y dominación masculina. De este modo, la representación del cuerpo femenino adquiere en el relato una connotación disidente vinculada a la experiencia materna con respecto a la institucional hospitalaria y el discurso médico como espacios que perpetúan el capital simbólico de la dominación masculina y, a pesar de que estos cuerpos constituyen evidentemente espacios de colonización, manipulación e intervención del biopoder, la propuesta de Eltit de repensar el vínculo filial en torno a los cuerpos femeninos la lleva a crear un nuevo espacio, una comuna del cuerpo capaz no sólo de resistir el disciplinamiento sino subvertirlo.

I. Índice de contenidos

Epígrafe.....	4
Agradecimientos.....	5
I. Resumen	6
II. Índice de contenidos	7
III. Introducción	8
IV. Estado del arte. Aproximaciones a la estética de Diamela Eltit	17
V. Marco teórico: Cuerpos, espacios disciplinantes y estrategias de resistencia	21
1. Cuerpo y poder	21
2. Cuerpos enfermos y espacios disciplinantes	27
3. Resistencia y maternidad	32
VI. Primer capítulo. Los mecanismos de dominación, disciplinamiento y patologización del cuerpo en <i>Impuesto a la Carne</i>	35
1. Deshumanización e individualización de los cuerpos	36
2. Jerarquías corporales, miedo, racismo y sugestión femenina.....	40
3. El saber científico: patología de los cuerpos	46
VII.Segundo capítulo II. Formas de resistencia en <i>Impuesto a la Carne: hacia una biopolítica de lo materno</i>	51
1. El vínculo materno	53
2. El testimonio maternal	60
3. Maternidad y rebeldía	63
VIII. A modo de cierre	67
IX. Obras citadas	72

II. Introducción

La narrativa de la escritora chilena Diamela Eltit es reconocida a nivel nacional e internacional por presentar una arraigada sensibilidad política¹. Se trata de un proyecto estético que busca desarticula los “imaginarios sociales, coartando los discursos hegemónicos y apostando como espacio narrativo: a los márgenes, los intersticios, lo negado o estigmatizado en la sociedad” (Ostrov 157). A partir de una palabra que impone su diferencia con la palabra funcional del espectáculo y el mercado², Eltit desmitifica un orden social vinculado al tratamiento hegemónico³ de lo masculino en donde ciertos cuerpos escapan a la norma hetero-patriarcal. Desde su primera obra *Lumpérica* (1983) escrita durante la dictadura chilena hasta su obra más reciente *Sumar* (2018), Eltit ha trazado como tema central de sus obras al cuerpo, que bajo códigos orgánicos y sociales se encuentra subyugado al poder dominante del patriarcado⁴. Un cuerpo que se ve representado a partir del “resultado de historias específicas y de tecnologías políticas que

¹ Dentro del marco de los estudios literarios, y los estudios culturales, se entiende la sensibilidad política como “una sensibilidad que desafía nuestras nociones de cultura y de modernidad, y desde la que están transformándose los modos de ver y leer, de imaginar y de narrar, de percibir y expresar la identidad” (Barbero 69).

² Con respecto la “otra palabra”, la palabra funcional al modelo estético de la cultura como espectáculo, es relevante señalar que la obra de Diamela Eltit ha tendido a presentar problemas de accesibilidad para el mercado literario producto de su complejidad en el tratamiento del lenguaje y la metáfora. Sobre esto, María Verónica Elizondo, señala que los más apasionados detractores de la narrativa eltitiana “acusar su trabajo de hermético, oscuro y críptico. Mientras, la academia la ubica en una posición preferente, gana el respeto académico y lectores, sensibles a la problemática planteada en su obra” (8). Frente a ello, la propia escritora chilena reconoce en *Réplicas* (2015) que lo importante para ella es escribir; es decir, tener un horizonte de escritura, más que lograr un fin último en el mercado editorial: “la existencia de escrituras que persisten en lugares minoritarios, demarcan, precisamente, la capacidad de subsistir en otros lugares, indica que existen miradas que cruzan los dictámenes del centro comercial y se detienen en producciones que no están diseñadas según las normativas oficiales del éxito y, desde ese lugar, matizan las construcciones centrales que la hegemonía intenta imponer”. (77)

³ Siguiendo a Antonio Gramsci, se entiende por hegemonía o bien discurso hegemónico en la presente investigación, como formas de dominación que crean una coerción y una violencia que no desaparece, sino más bien, coexiste con formas de aceptación del poder y la dominación más o menos voluntarias o consensuales por parte de los sujetos subalternos (5). Se añade a ello, lo enunciado por Stuart Hall, quien desborda el término hegemonía usado por Gramsci para referir no solamente a las relaciones articuladas en términos de clase, sino también a las que incluyen marcas de género, raciales, de creación de significado como apuesta del subalterno, y del placer como elementos a considerar en el análisis de las relaciones de poder (30).

⁴ En *Réplicas* (2016), texto recogen algunas de las reflexiones de Eltit sobre los actos de escritura y de lectura, sostiene que “los sistemas centrales construyen una trama que suele dejar por fuera una serie de hilos que hay que abordar porque allí afloran unas complejidades muy interesantes. En la medida en que uno entiende que esa perfección, ese sueño de las élites de promover un sistema aparentemente perfecto no solo no existe, sino que produce mucha infelicidad, resulta muy interesante explorar esas zonas opacas” (157).

constantemente problematizan su estatuto y su lugar en el mundo social, en el orden cultural y en el dominio de lo natural” (Lemke 54).

Desde *Lumpérica* (1983) hasta *Sumar* (2018), Diamela Eltit desborda las representaciones corporales inscritas y encarnadas dentro de la heterogeneidad del significante histórico del cuerpo⁵. Así encontramos cuerpos subyugados al poder dictatorial latinoamericano, cuerpos viciosos, cuerpos irrumpidos por la pobreza del capital económico, cuerpos marginados por la psiquiatría, cuerpos vistos como una masa obrera explotada, cuerpos patologizados y cuerpos embrionarios. En cada una de estas representaciones, Eltit busca escapar al discurso de la normatividad corporal, y en consecuencia, desestabiliza las fronteras binarias del sexo y proponer desde los imaginarios excluidos, otras formas de ser y estar en el mundo. Se trata en términos panorámicos de una propuesta de una narrativa política que busca desestabilizar el sistema binario y jerárquico basado en la diferencia sexual⁶, cuestionando particularmente la coloneidad que hace el saber de este sistema y las formas en que se ha construido en un devenir histórico de occidente y Latinoamérica.

Ahora bien, la obra de Eltit ha sido analizada en su continuidad donde se han identificado tres etapas narrativas⁷, etapas en que también se pueden apreciar una evolución reflexiva y alegórica que esta escritora ha realizado en sus obras en torno al cuerpo, que toma la figura de representación que recorre la ruta histórica del cuerpo “social” latinoamericano. La primera etapa narrativa de Eltit está determinada por los procesos dictatoriales en Chile y Latinoamérica. Aquí el cuerpo es representado y pensado en

⁵ Como sostiene Le Goff y Troung “la concepción del cuerpo, su lugar en la sociedad, su presencia en el imaginario y en la realidad, y en la vida cotidiana y en los momentos excepcionales, han cambiado en todas las sociedades históricas (6) Diamela Eltit nos cuenta en *Répliques* que ha intentado en su escritura y lecturas en torno al cuerpo: “cercarme a esta construcción de manera aleatoria, en el entendido que me parece una geografía múltiple, enteramente discursiva, en constante movimiento y siempre en vías de modificación (23).

⁶ Bourdieu en *La dominación masculina* sostiene que los procesos responsables de la transformación de *historia* en *naturaleza* han hecho de la diferencia –contingente, cultural y arbitraria- entre masculino y femenino. un juego de polaridades universalmente justificada: activo-pasivo, afuera-adentro, encima-abajo, seco-húmedo, duro-suave. Este principio “crea, organiza, expresa y dirige el deseo masculino como deseo de posesión, como dominación erotizada, y el deseo femenino como deseo de la dominación masculina, como subordinación erotizada y, más aún, como reconocimiento erotizado de la dominación (19).

⁷ Según Carreño En *Diamela Eltit: redes locales, redes globales* una de las formas de entender el proyecto literario de Eltit es leer de qué modo su narrativa teje relaciones entre arte y política en los distintos momentos de la historia reciente de Chile. Así, *Lumpérica* (1983) y *Por la patria* (1986), responden a las diversas crisis sociales y de la representación que implicó la dictadura; *Los vigilantes* (1994), a la escritura vigilada en la transición, y *Mano de obra* (para señalar parte de su última producción) es una reflexión sobre cómo hacer una novela social luego de la caída del muro en el contexto de la globalización. (145).

función de los contextos de represión y violencia política a través de la metáfora del panóptico que trabaja Foucault en *Vigilar y Castigar*⁸. Este artefacto arquitectónico de vigilancia lo utiliza Foucault para explicar cómo las sociedades se rigen por relaciones de poder, al mismo tiempo fabrican efectos de poder a través de aparatos ideológicos y también discursivos⁹. Esto se puede leer en *Lumpérica* (1983) y los *Vigilantes* (1994), obras que ofrecen una lectura crítica en torno a la violencia ejercida por los regímenes militares sobre los cuerpos femeninos. Así, por ejemplo, en *Lumpérica* se observa que la protagonista llamada “L Iluminada” se exhibe frente a la mirada inquisidora de una lente y un luminoso. El espacio de la novela es un lugar abierto, pero totalmente atravesado por una serie de mecanismos que intentan vigilar lo que allí sucede. Siguiendo a Mónica Barrientos, “la cámara graba cada uno de los atentados físicos que la protagonista realiza y el luminoso incesantemente intenta fijarla dentro de parámetros definidos” (201).

La segunda etapa, se ve determinada por la restitución de las democracias representativas y la política de los consensos. Aquí el cuerpo se ve subordinado al disciplinamiento, en donde “la figura del panóptico se va diseminando gradualmente desde un poder indirecto, con una figura paternal de vigilancia absoluto hasta la conformación de cuerpos obedientes” (Carreño 148). Al contrario del panóptico como mecanismo de control que impone conductas radicalizadas en la sensación de estar siempre vigilado, el disciplinamiento permite aumentar las fuerzas del cuerpo para los fines de uso económicos y políticos. Obras como *Vaca sagrada* (1991) y el *Cuarto mundo* (1988) dan cuenta de este acoplamiento de imperativos económicos y políticos que fundan la particularidad de la disciplina como instrumento para regular costumbres, hábitos y prácticas productivas. Se asegura con el disciplinamiento un terreno social que se presta a asimilar lógicas adecuadas a la razón disciplinar. El poder disciplinario gobierna, en efecto, estructurando los parámetros y límites del pensamiento y la práctica, sancionando y prescribiendo los comportamientos normales y / o desviados.

⁸ El panóptico es un tipo de arquitectura carcelaria cuyo diseño en torno a una torre de vigilancia central permite que se pueda observar la totalidad de su superficie interior desde un único punto. Este es un espacio cerrado donde los menores movimientos se controlan, los acontecimientos se registran provocando en los detenidos la sensación de estar constantemente observados (Foucault, *Vigilar y Castigar* 203)

⁹ En este sentido la arquitectura panóptica es también utilizada por el mismo Foucault como un lugar privilegiado que hace posible observar y experimentar sobre las experiencias de los sujetos (Foucault, *Vigilar y Castigar* 210).

Finalmente, una tercera etapa que se enmarca en el fenómeno de la globalización, Eltit trabaja el cuerpo desde la crítica a la docilidad y el servilismo en el que sucumbe ante un sistema hegemónico devorador e imperativo que lo atrapa. Esto ocurre principalmente en novelas como *Mano de obra* (2002) y *Sumar* (2018). La primera, representa un modelo económico neoliberal como poder omnipresente que excluye y oprime al individuo con una eficiencia tal que vacía de contenido o validez las preguntas por el género, la raza o la nacionalidad. El mismo enfoque se manifiesta en *Sumar* (2018), en donde se observa las transgresiones existentes entre vendedores ambulantes y líderes sindicales del Chile actual, sometidos a las leyes del libre mercado.

En las etapas de esta ruta corporal que Eltit hace en su producción escritural se destaca una obra en que la representación corporal va más allá de la metáfora del panóptico, del disciplinamiento y la docilidad. Esta obra es la novela *Impuesto a la Carne* (2010), donde revisita la representación del cuerpo femenino dominado en clave historicista. En esta novela realiza la problemática de los cuerpos enfermos, expropiados de sus órganos, anestesiado por los fármacos y transformado por continuas intervenciones quirúrgicas en un producto insubstancial. En *Impuesto a la carne* (2010), Eltit radicaliza su narrativa política y disidente respecto a los cuerpos femeninos a partir de la sujeción orgánica y la crudeza simbólica de la dominación masculina.

Esta novela se ancla en el cuerpo femenino como protagonista de la trama y objeto de dominación y relaciones de poder. Al igual que en sus otras producciones literarias, Eltit problematiza la corporalidad femenina como un tropo literario transversal que atraviesa toda su obra. Una corporalidad que, en palabras de la escritora, ha mantenido en “permanente re-significación” (Eltit, *Réplicas* 21), y ha sido problematizada desde diferentes prismas: “He buscado acercarme a esta construcción de manera aleatoria, en el entendido que me parece una geografía social múltiple, enteramente discursiva, en constante movimiento y siempre en vías de modificación” (Eltit, *Réplicas* 21-22). Para ello, Eltit trabaja en torno a la representatividad contradictoria de los cuerpos como territorios paradójicos, portadores de dualidades, disputas y conflicto, a modo de “un ser [y una identidad corporalizada] de doble cara, portador tanto del sometimiento al poder soberano

como de las libertades individuales (Agamben 125)¹⁰. De este modo, los cuerpos se convierten en zonas y territorios donde se fabrican efectos de poder, y al mismo tiempo, son un campo de disputa permanente donde las identidades individuales y colectivas son sometidas a los múltiples mecanismos discursivos y sociales de dominación masculina y al tiempo espacios inventivos y disruptivos donde se fabrican estrategias de resistencias.

En *Impuesto a la carne* esta duplicidad entre sometimiento/resistencia es trabajada como representación en torno a dos cuerpos femeninos: el cuerpo de una madre y el de su hija. Ambas mujeres, que son descritas desde la corporalidad como “bajas, feas, seriadas” y de ideas anarquistas, se han visto confinadas desde sus nacimientos y durante más de doscientos años a vivir en una institución hospitalaria, donde el saber médico no ha procurado sanar sus males, sino por el contrario los ha duplicado. Ante los constante maltratos por parte de médicos, enfermeros y fans, madre e hija se aferran una a la otra para resistir en un ambiente donde la dominación impregna todo su ser y materialidad, llegando hasta el más mínimo tejido corporal. El recinto hospitalario transforma su discurso de cuidado en un simulacro de aislamiento radicalizado donde madre e hija no sólo están sometidas a una tiránica dominación que determina y gobierna cada uno de sus movimiento y acciones, sino también que busca paralizar sus existencias en la medida que sus vidas son administradas, organizadas y reguladas por unos otros, reduciendo su existencia humana a una farsa, una burla. Sin embargo, estas figuras marginales se niegan a ser sometidas construyendo un espacio de resistencia. Un espacio entre lo imaginativo y proactivo donde se aferran a sus deseos de sobrevivencia, de existir, de ser libres a través de una “comuna corporal”, donde el cuerpo femenino se reescribe en la maternidad en una “comunidad” en que se unen dos o más cosas por lo que tienen en común y donde ambas mujeres, madre e hija gozan de esa comunión corporal en un sentido espiritual y alegórico como partes y miembro de un mismo cuerpo.

Los doscientos años de vida de una madre y su hija al interior del recinto hospitalario, deconstruye una estructura histórica masculina que ha desfigurado la verdad inherente del cuerpo social marginado. Una novela que penetra en las fisuras del discurso oficialista y autoritario que ha glorificado a la “patria o a la nación o el hospital” bajo el

¹⁰ Esta idea es una constante en el pensamiento de Foucault para quien las relaciones de poder no se entienden como represión pura sino como una fuente de productividad y potencial creativo de resistencia (Foucault, *Vigilar y Castigar* 141)

signo de la alegoría¹¹. En este sentido, dos siglos alegorizan la acción emancipadora latinoamericana que comenzó bajo un proceso precario y auto-insuficiente de ideales de progreso y civilización al interior de las élites criollas. Sin embargo, dichos ideales trascendieron al sometimiento de los cuerpos femeninos desprovisto de un poder dentro de una estructura de control masculina.

Siguiendo esta línea interpretativa, Iván Mendizabá, Yasna Birich y Laura Scarabelli han evidenciado desde sus planteamientos teóricos, las dimensiones narrativas y los trasfondos políticos presentes en la obra. Mendizabá ha estudiado la obra desde la memoria y las dimensiones narrativas, las cuales se componen desde el espacio, el cuerpo y la historia. Según las conclusiones del autor, la novela deriva en un relato distópico que denuncia cómo el poder político masculino se radicalizó dentro del aparato estatal e hizo de ello su motivo de constitución. Por otra parte, Birich, propone la novela desde un espacio virtual que se materializa a través de la escritura de una crónica alternativa a la historia oficial chilena. Los cuerpos para Birich son agentes biopolíticos que ensayan formas distintas de existencia dentro de un sistema dominado por poderes normalizadores. Laura Scarabelli, desde otra postura, nos habla de cuerpos épicos y testimoniales, que se hacen testigos desde la inmunidad/comunidad que encarna la memoria lastimada por abusos y sufrimientos.

Si bien, Mendizabá Birich y Scarabelli proponen estudios Exhaustivos, desde la presente investigación se asume la necesidad de continuar analizando la novela *Impuesto a la carne*, ahora desde la relación entre los mecanismos de dominación masculina representados en la obra y su resistencia, encarnada en la relación maternal que sostienen las protagonistas dentro del espacio hospitalario.

La presente investigación retoma estas perspectivas sobre la novela *Impuesto a la carne* (2010) para complementarlas desde una lectura biopolítica de la maternidad que Eltit en donde se busca contribuir a lo que Scarabelli denomina “una misma escena” (21)¹²

¹¹ Se entiende por alegoría un recurso que condensa en el lenguaje una experiencia de derrota política (18). Según Walter Benjamín la alegoría se ve atraída coherentemente hacia lo fragmentario, lo imperfecto, lo incompleto —una afinidad que halla su expresión más global en la ruina. la alegoría penetra en una historia como un paisaje petrificado, primordial. Todo lo relacionado con la historia que, desde el mismo principio, ha sido inoportuno, penoso, sin éxito.

¹² Se entiende por “misma escena”, según Scarabelli como “la progresión de fragmentos de una misma imagen que cambia de tono, de encuadre de tono (...) una red intertextual indefinida, imagen que evoca a

dentro de la estética de la escritora chilena. Esta contribución, en términos concretos, permitiría ampliar la mirada en torno a la maternidad desde la narrativa de la escritora chilena. Esto se entiende, como una maternidad como espacio de resistencia e identidad dentro de las representaciones del cuerpo femenino de la escritora.

En estos términos, se propone que la novela alegoriza la historia nacional oculta, en donde los cuerpos femeninos convergen dentro de un espacio en disputa. Dichos cuerpos son patologizados producto del discurso médico y la autoridad epistemológica, la cual se recluye en un espacio hospitalario disciplinante. Sin embargo, la experiencia sustentada en el diálogo maternal permite generar espacios de resistencia contra la dominación patriarcal. En este sentido, la representación del cuerpo en el relato adquiere una connotación disidente con respecto a los discursos oficiales del régimen neoliberal y, a pesar de que estos cuerpos constituyen evidentemente espacios de colonización, manipulación e intervención del biopoder, desde la perspectiva de Eltit constituyen un contradiscurso y un formidable sitio político.

Ahora bien, al delimitar el corpus en la presente investigación a una obra literaria, se busca en términos de Ángel Rama¹³ especializar la crítica literaria desde la historicidad de lo narrado, concediendo un análisis de mayor introspección narrativa y cultural a una novela que nos advierte sobre la anulación del cuerpo social e individual femenino a lo largo de la historia chilena y latinoamericana. Un estudio que resignifica en torno a las dimensiones narrativas de *Impuesto a la carne* como manifestación estética que entrevé el dominio histórico de lo masculino a partir de ciertas categorías teóricas del biopoder, permitiendo finalmente, una relación de fluidez entre teoría y el objeto literario de investigación.

otra imagen, palabra que resuena en otras palabras, ideas que se contaminan, se funden y se confunden” (21). En este sentido, para Scarabelli la obra de Diamela Eltit, posee espacios de escritura bien definidos y reconocidos: “protagonistas femeninas cuentan (o sueñan) sus hazañas trágicas, historias de resistencias encerradas en espacios claustrofóbicos (tabernas, albergues, hospitales, cibercafés...) de un territorio indiferenciado y sumido en la violencia y el abuso; la memoria (...) (21)

¹³ Para Ángel Rama la especialización de La crítica, como la creación literaria misma, junto a ella, “está fatalmente arraigada en la historia, y es mejor reconocerlo y entenderlo bien para no malgastar energías y para aceptar humildemente la situación. No aspirar a una pretendida objetividad, que en el mejor de los casos podrá abrir la puerta de una crítica estilística cuyo rigor pseudocientífico sólo prueba que se está trabajando sobre un cadáver y no sobre un cuerpo vivo” (En Zannetti 934)

En consecuencia, se entiende en estos términos, que el tratamiento literario expuesto en estas líneas perfila un sentido ético-político en donde la obra literaria “opera como un laboratorio de lenguaje en el que se ensaya una cierta manera de ordenar y registrar las cosas del mundo y el orden humano que en ellas acontece” (Mansilla 135). En otras palabras, se trata de un tratamiento de una obra que participa de la transformación política e identitarias dentro del campo cultural de la sociedad actual. Una representación que no solo reproduce estéticamente códigos culturales, sino también posibilita las condiciones necesarias para su reproducción (Mansilla 137).

Considerando lo anterior, la presente investigación se construye a partir de una pregunta general y dos preguntas específicas. En cuanto a la interrogante general se busca dar cuenta de ¿Cómo se representa el cuerpo femenino y qué función cumple en la novela *Impuesto a la carne* de la escritora chilena Diamela Eltit? Con respecto a las interrogantes que subyacen a la problemática general se busca identificar y analizar ¿cuáles son los mecanismos de poder que ejercen control sobre el cuerpo femenino dentro del espacio hospitalario disciplinado y que función crítica/discursiva cumplen dentro de la historia nacional y latinoamericana? y ¿cuáles son las formas de resistencia que presentan las protagonistas frente a la colonización patriarcal del recinto hospitalario?. Y al igual que la primera interrogante: ¿qué función crítica/discursiva cumplen dentro del escenario histórico nacional y latinoamericano?

Para conceder respuestas tentativas a las interrogantes, se ha segmentado la investigación en dos capítulos de análisis. El primer capítulo, busca identificar y analizar aquellos mecanismos de dominación contra el cuerpo femenino que se extiende en todo el espacio hospitalario en que se encuentran recluidas las protagonistas de la novela. En tanto que el segundo capítulo trata de identificar y analizar las formas de resistencia que despliegan las protagonistas de la obra, en donde se construye un nuevo biopoder maternal que subvierte los códigos de dominación y control masculino.

Las herramientas teóricas con las cuales es posible entender la lectura propuesta, se presentan antes de dicho análisis. Estas nociones se asumen como claves de lectura que permiten posicionar la novela *Impuesto a la carne* dentro de un paradigma de disidencias y subversiones que contrastan la ideología patriarcal imperante en el relato. Esto ayudará a comprender de mejor una obra artística que construye, modifica y atraviesa las formas de

subjetivar la realidad para desmitificar convencionalismos sociales. Del mismo modo, orientará la comprensión de una estructura literaria que escapa de los códigos totalitarios hacia un lenguaje de lo marginal.

Por un lado, la tesis del biopoder¹⁴ de Michel Foucault; Monique Wittig desde sus planteamientos sobre el pensamiento heterosexual: Pierre Bourdieu con su tesis sobre la dominación masculina desde el plano de lo simbólico¹⁵; Julia Kristeva desde su tesis de lo abyecto, y Michel Certeau desde la noción de subversión y resistencia, permiten generar un nicho conceptual para interpretar los significantes implícitos e explícitos de la novela, en cuanto obra inserta en la sociedad y en la ideología imperante.

Lo mismo ocurre en el plano de intelectuales nacionales e internacionales que se han concentrado a estudiar la obra de la escritora chilena Diamela Eltit desde diferentes categorías analíticas. Mónica Barrientos, Eugenia Brito, Laura Scarabelli, Rubí Carreño, Andrea Ostrov, Bernardita Llanos y Nelly Richard son una de las académicas que se han evocado al estudio riguroso de las particulares estéticas de la obra de Eltit. Con diferentes enfoques y matices las intelectuales concuerdan que la estética¹⁶ de la escritora chilena construye nuevas subjetividades mediante una mirada política que transgrede el lenguaje y el imaginario construido que se ha perpetuado por la dominación masculina.

¹⁴ En *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber* (1976) Michel Foucault define el biopoder “para designar lo que hace entrar a la vida y sus mecanismos en el dominio de los cálculos explícitos y convierte el poder-saber en un agente de transformación de la vida humana (173).

¹⁵ Entender el biopoder desde el planteamiento de Michel de Foucault supone un aporte transversal para la lectura propuesta en el presente trabajo. Una categoría teórica que de alguna forma se constituye como herramienta para dilucidar los mensajes implícitos en torno a la valoración normativa que disocian y fragmentan a los cuerpos representados en la novela de la escritora chilena. Junto con ello, se suma la premisa de Bourdieu y Wittig, en cuanto sometimiento como producto y acción que contradice a los cuerpos con el fin de contribuir a la dominación masculina. Esto se entiende, bajo el amparo de una “multiplicidad de fuerzas immanentes y propias del dominio en que se ejercen”(Wittig 46), y que son, constitutivos de los mecanismos de dominación que ha impuesto la lógica patriarcal

¹⁶ Se entiende por estética la visión proporcionada por Rancière. El filósofo francés sostiene en *Política de la literatura* (2011) que la estética está íntimamente vinculada con la realidad y, por ende, con la esfera de lo político y lo ético. La estética no es simplemente una especificidad del mundo del arte, sino que forma parte del conjunto de aspectos que rigen a toda sociedad y que afectan el *sensorium*. En otras palabras, la estética, entonces, no está desligada del mundo real ni de la sociedad ni de las reglas que la rigen (13).

III. Estado del arte: Aproximaciones a la estética de Diamela Eltit

La obra literaria de Diamela Eltit no sólo es provocativa desde una perspectiva crítica, sino que también su estética se aleja por completo de una producción comercial por las que se guían las grandes empresas editoriales. De hecho, Bernardita Llanos señala que la producción literaria de la escritora chilena ha provocado “un sinfín de críticas literarias y de ensayos teóricos en relación con las conexiones entre la escritura, el género y el lugar de la resistencia y oscilación que ocupan los personajes femeninos” (50). Este proyecto alternativo y crítico le ha significado que el mundo editorial acuse “su trabajo de hermético, oscuro y críptico”, mientras que paradójicamente “la academia la ubica en una posición preferente, gana el respeto académico y lectores, sensibles a la problemática planteada en su obra” (Elizondo 89).

Laura Scarabelli, quien ha realizado un trabajo exhaustivo de la obra de Eltit, ha descrito el proyecto narrativo de Eltit como complejo en su objetivo de procurar la incomodidad en la medida que “renuncia a la revolución formal como simple visión alternativa y subversiva del mundo, como nuevo modelo utópico de dicibilidad para explorar los intersticios de la experiencia cotidiana y mostrar sus zonas oscuras, sus grietas, sus rupturas” (15). Para ello, Eltit interrelaciona en su escritura una serie de técnicas y recursos que contribuyen a crear una materialidad en el lenguaje con los que se:

propone a iluminar regímenes convencionales de la representación; en el prisma del otro, del subalterno, edifica un campo de escritura que intenta elaborar respuestas a la exclusión (...) recrea en el fragmento y en el detalle, en sus ritmos sincopados, en sus repeticiones, en sus metáforas, la crisis, las coordenadas de un mundo en que vivimos, la alteración inexorable del tiempo y del espacio, la incorporación de lo real, en los recovecos de un sujeto dilatado que ha perdido sus confines (Scarabelli 15).

Este es un lenguaje que se origina en la intensión de una introspección fragmentada¹⁷ de una misma imagen que cambia de intensidad e intencionalidad y que a la vez, participa de la libertad y la capacidad de transformación que todo ejercicio escritural implica. En su libro de ensayo *Replicas* (2015) la misma Eltit explica su escritura como:

la administración de un lenguaje no concluyente que apunta también a sentidos no concluidos. De esa manera puedo evadir la narración total, totalizante y totalitaria. Desde luego esto tiene que ver con lo intersticial, que es un espacio que a mí me parece políticamente productivo. Cuando hablo de políticas me refiero a políticas literarias (55).

Este imaginario de lo no concluyente, de lo nunca terminado rompe con las tradicionales “lecturas pre-ordenadas de lo real, moviendo y removiendo los confines de los signos” (Scarabelli 15). Esta es la principal estrategia con que Eltit para apoderarse de los lugares que hacen repensar la conformación de los códigos sociales.

Además, su estética narrativa está trabajada en una estrecha mirada problemática de contextos históricos y nacionales. En este sentido para Eugenia Brito y Andrea Ostrov la producción literaria de Eltit se sitúa en los conflictivos escenarios sociales e históricos, y desde ahí, construye su producción literaria. Aunque Eltit no escribe desde un nacionalismo clásico, canónico ni evidente, las formas psíquicas y culturales que materializan sus historias se instalan, según Brito en los “imaginarios nacionales, que conforman el ser y el hacer de los sujetos sociales que habitan el lugar” (14). Ostrov complementa tal idea, manifestando que en la literatura de Eltit se “concentran voces subterráneas que surgen desde los márgenes” (48). Para esta investigadora el proyecto escritural de Eltit se enfoca en la historia no oficial, esa que “descompone las cláusulas familiares basadas en la triangulación edípica, para que su red interpersonal de jerarquías y subordinaciones se quiebre y se disperse en mil puntos de fuga” (Ostrov 48). Escribir desde los márgenes, desde lo abyecto, de lo que incomoda, lo que rompe con la norma es la forma en que Eltit

con sus personajes y narrativa libera y reconstruye subjetividades nómades que han escapado al control de la significación paterna (Ostrov 49).

Otro importante elemento en el proyecto estético narrativo de Eltit es el vínculo entre estética y política. Nelly Richard y Rubí Carreño han señalado que la obra de la escritora chilena es una manifestación contestataria sobre los discursos hegemónicos de carácter dogmático que irrumpen en el campo cultural y social contemporáneo. Para Richard la narrativa de Eltit rompe con los discursos ideológicos que:

Traza[n] el sentido por encadenamiento rígido de significados programados que cierran finalizadoramente la lectura, la narrativa de Diamela Eltit arma constelaciones plurales y fluctuantes de signos móviles. Exacerba las torsiones de signos para quebrar la recta comunicativa del discurso instrumental. El régimen de plurivocidad de estos signos que se desbandan horizontalmente hace estallar la linealidad dogmática del mensaje vertical, desjerarquizando sus fundamentos y predicamentos (Nelly Richard en Scarabelli 41)

Estas torsiones de la linealidad es para Richard la forma en que la narrativa de Eltit quiebra con el tradicional con perspectivismo plano para darle una movilidad y pluralidad fundada en la exploración y la liberación de los cuerpos subyugados a un poder totalitario. En Eltit los signos móviles, no concluidos, son portadores de rebeldías que se alojan en las fisuras de la lógica totalizante del control patriarcal. Por su parte, Rubí Carreño complementa tal postura señalando que la estética de Eltit es una “poética en movimiento, que se reinventa respondiendo a las diversas contingencias y escapando de ese modo, al trabajo en serie” (149). Este escapismo del trabajo en serie debe ser entendido, en específico, dentro de las lógicas del mercado editorial en específico y, en general, en la disputa contra las estructuras del neoliberalismo que atraviesan las estructuras sociales de todos los cuerpos. En este sentido, para la narrativa de Eltit los cuerpos cobran cada vez mayor importancia como objeto de estas estructuras de dominación así también como de resistencia. De hecho, Carreño en su texto *Diamela Eltit: redes locales, redes globales* (2009) resalta como Eltit usa el desmembramiento familiar y nacional en la “red local” para

exponer los abusos y la violencia que sus discursos generan sobre los cuerpos para someterlos y fragmentarlos a través del dolor.

Finalmente, en cuanto al vínculo entre la obra de Eltit y la maternidad, Bernardita Llanos señala que las producciones de la escritora chilena responden a una historización retórico-discursivo de la maternidad en tanto experiencia vivida por diversos sujetos femeninos” (116). Para Eltit es esencial como acto subversivo que se desbloqué “el habla de la madre y su cuerpo oprimido, descomponiendo la ideología de la maternidad y el proceso de desexualización” (Llanos 116). En este sentido, este trabajo busca ahondar en cómo la prosa de Eltit promueve la acción transformadora de aquellos estigmas, creencias y producciones sociales sobre los cuerpos femeninos disciplinados por el mandato de un imaginario de maternidad hegemónica en su novela *Impuesto a la Carne*.

IV. Marco teórico: Cuerpos, espacios disciplinantes y estrategias de resistencia

1. Cuerpo y poder

En la historia occidental, el cuerpo ha transitado conceptualmente desde el determinismo biológico hacia una “política de la deconstrucción antiesencialista” (Lemke 83). Para Le Goff y Troung el cuerpo es una construcción social e histórica donde su forma de definirlo “su lugar en la sociedad, su presencia en el imaginario y en la realidad, y en la vida cotidiana y en los momentos excepcionales, ha cambiado en todas las sociedades históricas” (6). Respecto a la teorización sobre la construcción del cuerpo, la filósofa Judith Butler ha desarrollado desde la mirada crítica sobre el género su propuesta sobre la performatividad en los cuerpos como espacio de sublevación¹⁸. Es más, el cuerpo femenino se ha visto deconstruido a partir de los aportes de las feministas tales como Beauvoir, Wittig, Butler, Kristeva, quienes han problematizado desde mediados del siglo XX el lugar de la maternidad y la sexualidad como funciones biológicas o corporales que determinan su rol social de las mujeres. Así también como estos roles han significado históricamente una exclusión de espacios de decisión política sobre sí mismas como en temas del “aborto, libre y seguro”. En esta nueva mirada hacia los cuerpos femeninos la tesis del biopoder (poder y cuerpo) planteada por Michel de Foucault ha sido de gran importancia. Este filósofo francés ha analizado con bastante lucidez la noción de poder, ampliándola y dinamizándola, más allá de la idea de represión política y económica, y la construcción del cuerpo y su disciplinamiento sobre la sexualidad y la vida.

En el contexto de una entrevista realizada por M. Fontana a Michel Foucault, el filósofo expone diversos temas, siendo el eje principal lo que llama “mecánica del poder”:

¹⁸ Judith Butler toma la noción de performativo desde el lenguaje y lo usa para proponer un escape de la imposición del género, la sexualidad y los cuerpos normados. Para Butler el acto performativo es, ante todo, una posibilidad de subversión de las normatividades que permiten la configuración de una sexualidad viable. No hay asunción de una sexualidad, abyecta o viable, sin que obre una matriz de normativas ambivalentes que contribuyen a construir un yo que nunca cuaja del todo. No somos un sujeto, somos una encrucijada (Butler 21).

Si el poder no fuera más que represivo, si no hiciera otra cosa que decir no, ¿cree usted verdaderamente que llegaríamos a obedecerlo? Lo que hace que el poder se sostenga, que sea aceptado, es sencillamente que no pesa sólo como potencia que dice no, sino que cala de hecho, produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos; hay que considerarlo como una red productiva que pasa a través de todo el cuerpo social en lugar de como una instancia negativa que tiene como función reprimir. En *Vigilar y Castigar*, lo que quise demostrar es cómo a partir del siglo XVII-XVIII, hubo un verdadero desbloqueo tecnológico de la productividad del poder. No sólo las monarquías de la época clásica desarrollaron grandes aparatos de Estado- ejército, policía, administración fiscal-, sino sobre todo en esta época tuvo lugar la instauración de lo que podría llamarse una nueva «economía» de poder, es decir, unos procedimientos que permiten hacer circular efectos de poder de un modo a la vez continuo, ininterrumpido, adaptado e “individualizado” en el cuerpo social entero. Estas técnicas son a la vez mucho más eficaces y mucho menos costosas (menos costosas económicamente, menos aleatorias en sus resultados, menos susceptibles de escapatoria o de resistencia) que las técnicas utilizadas hasta entonces y que se apoyaban en una mezcla de tolerancia, más o menos forzosas (desde el privilegio reconocido hasta la criminalidad endémica) y de ostentación costosa (intervenciones estrepitosas y discontinuas del poder cuya forma más violenta era el castigo «ejemplar» en cuanto excepcional) (137).

A partir de esta noción de poder y su estudio sobre la historia de la sexualidad, en el pensamiento de Foucault emerge la cuestión del biopoder como la mecánica del poder se ha organizado en torno de la vida. Este biopoder está atravesado por una ramificación de relaciones que se centran, por un lado, en la anatomo-política del cuerpo humano individualizado; por otro lado, el desarrollo desde mediados del siglo XVIII de una biopolítica de la población, es decir, la concepción de cuerpo-especie como soporte de los procesos biológicos como el nacimiento, mortalidad, salud, duración de la vida, todos esenciales para la reproducción de la sociedad y que necesita de procedimientos reguladores. En *Vigilar y Castigar*, Foucault se señala que:

ha habido, en el curso de la edad clásica, todo un descubrimiento del cuerpo como objeto y blanco de poder. Podrían encontrarse fácilmente signos de esta gran atención dedicada entonces al cuerpo, al cuerpo que se manipula, al que se da forma, que se educa, que obedece, que responde, que se vuelve hábil o cuyas fuerzas se multiplican (140).

De hecho, para este filósofo francés “el cuerpo queda prendido en el interior del poder, que le impone coacción, interacción y obligaciones” (Foucault, *Vigilar y castigar* 140). Esto conlleva en términos de Preciado a la construcción de “un archivo orgánico de la historia de la humanidad como historia de la producción-reproducción sexual, en la que ciertos códigos se naturalizan, otros quedan elípticos y otros son sistemáticamente eliminados o tachados” (18). Además, la correlación entre el cuerpo y el poder propuesta por Michel Foucault, hacen factible, en gran medida, según Retamal, la comprensión de las relaciones de poder y las relaciones de dominación como dos esferas autónomas (168).

Para Foucault, las relaciones de poder cubren un campo amplio de las relaciones humanas, exceden lo político e institucional y reflejan un modo de existencia en planos múltiples; sexualidad, intersubjetividad, cotidianidad, etc. Estas se definen por el deseo de dirigir los comportamientos de los otros siendo móviles, reversibles e inestables. Se ejercen sobre alguien que posee libertad y, en virtud de ello, puede resistirlas. De este modo, así como en la sociedad están extendidas las relaciones de poder, también lo están las potencialidades para oponerse a ellas. Las relaciones de dominación, en cambio, son relaciones de poder que se encuentran bloqueadas, se han vuelto irreversibles, inmóviles y fijas haciendo casi imposibles las prácticas de la libertad (Foucault, *La filosofía* 118-119). Ambas se nutren de espacios estratégicos cerrados sobre sí mismo, que a la vez fragmentan los cuerpos y los emplazan para dotarlos de una función instrumental. En nuestra sociedad contemporánea la función instrumental tiene relación con producir capital económico. En este sentido, Ortega y Videla señalan que “las lógicas de la economía asignaron a hombres y mujeres una función que implicaba un uso rigurosamente determinado de su cuerpo (...) el individuo trabajador se convirtió en instrumento, y desde ese momento, las representaciones de lo histórico lo alejaron, lo vaciaron de su corporalidad” (414). Frente a

esto, cabría preguntar ¿por qué la historia olvidó los cuerpos y exaltó la producción? De hecho, el biopoder ha sido un elemento indispensable para el desarrollo del capitalismo. Ha servido para asegurar la inserción controlada de los cuerpos en el aparato productivo y para ajustar los fenómenos de la población a los procesos económicos.

Asimismo, ya en *El segundo Sexo* (1949) Simone de Beauvoir pone en discusión la fenomenología del cuerpo dominado dentro las lógicas de un poder masculino. Para Beauvoir es el cuerpo femenino el que se encuentra regido para la función de un otro masculino, en donde dicha función no es más que un servicio hostil, una utilidad reductora que se inserta dentro del campo cultural de la subordinación (12). El deseo de ser reconocidos y aceptados complementa Judith Butler, se coloca por encima de los deseos propios de los sujetos, convirtiendo al cuerpo entonces en una violencia en sí misma (122).

En la narrativa de la escritora chilena, poder y cuerpo son representados como una colonización masculina, una ocupación que se ha realizado en función de la maquinaria simbólica de la dominación masculina. La misma Eltit ha explicado la noción de colonización masculina como una ocupación, señalando que:

El universo simbólico de las mujeres está construido desde una fuerte colonización masculina que se establece multifocalmente y las ocupó de manera rizomática. Es esa colonización de sus imaginarios lo que permite, en gran medida, un estado de cosas y posibilita que un grupo no menor de mujeres colabore con su propia impresión (Eltit en Astrov 60).

En su obra narrativa Eltit aborda, analiza y reconstruye en términos biopolíticos los cuerpos femeninos contextualizándola en el devenir de la historia de occidente a la cual los países latinoamericanos estamos entrelazados por esa otra colonización, la de España y Portugal. Ambas colonizaciones han significado un “control de los sistemas simbólicos” (Lerner 331) en donde los cuerpos masculinos se han posicionado hegemónicamente dentro de las esferas de lo público y privado de la sociedad a través del proceso de mestizaje y de dependencia económica con Europa.

En la novela *Impuesto a la carne* el cuerpo es el centro de sugestión en donde se han instalado las relaciones de dominación masculina. Se trata de dos siglos que retratan la subyugación del cuerpo femenino dentro de una estructura de poder que ha coexistido desde el periodo colonial. Los cuerpos masculinos, a modo de una multiplicidad de élites masculinas criollas poseedora del control político y social de la población local e indígena, administran, financian y controlan el territorio latinoamericano en nombre de otros cuerpos masculinos representados por las potencias colonizadoras europeas. Esa función de control delegado recayó en un primer momento en los capitanes de conquista, estos soldados pobres que viajan al Nuevo Mundo en búsqueda de fortunas y que colonizaron y se apoderan con violencia del cuerpo simbólicamente feminizado de los indígenas, y los cuerpos materiales de sus mujeres violándolas y “preñándolas”.

Esta es una doble dominación que usa la alegoría del cuerpo femenino como territorio de conquista, usurpación, y sometimiento. Pero siguiendo la lógica de la narrativa de Eltit de torsiones, signos móviles y cuerpos no concluidos, se puede leer en las ideas emancipatorias que surgieron en estas elites sometidas al control del cuerpo político y colonizador europeo y su posterior proceso independentista una alegoría del biopoder. Esto en la medida, que esta supuesta “emancipación colonial” llevó a los países latinoamericanos tomar rumbo a una colonización más profunda, invisible, penetradora, el del capitalismo reproductor que homogenizó los cuerpos para insertarlos en el aparato productivo. Para Mendizabál la narrativa de la escritora chilena plantea un registro del fracaso constitutivo de las naciones latinoamericanas, que sometieron indiscriminadamente a aquellos cuerpos desprovistos de poder (mujeres, niños, viejos, enfermos) dentro de una estructura política masculina (24).

En *Impuesto a la carne*, como ya hemos señalado, Eltit no aborda las relaciones poder desde la perspectiva panóptica del control, sino que problematiza ese poder desde sus múltiples direcciones que le permite impregnar todo dispositivo, discurso e instituciones sociales. Si bien, la justificación de la dominación masculina reside en este principio de “naturalidad” de las diferencias de los cuerpos. Diferencias que, son construidas desde la simbología del discurso masculino, en donde la dinámica de diferencias y antagonismos entre masculino y femenino se incluye como parte de un sistema de oposiciones que emerge de las estructuras del lenguaje. Así las relaciones biopolíticas no actúan única y

exclusivamente de forma vertical, sino que también transita entre los cuerpos, traspasando conciencias, interiorizándose en deseos y anhelos, instalándose en discursos, modelando y produciendo nuevos cuerpos.

Sin duda, como plantea Lemke, “la mejor dominación, la más eficiente, es la que se apoya en miembros del propio grupo subyugado” (90). Lemke recoge las tesis del filósofo Pierre Bourdieu y la feminista Monique Wittig, quienes se han preguntado por el funcionamiento y continuidad de los controles de dominación. Para ello se han centrado en cómo son los propios “dominados [los que] ejercen un poder sobre sus pares, o cuando aceptan y promueven sus propios roles en las relaciones de poder, ejercen también una auto-dominación, pues contribuyen a la consolidación del poder que los subyuga” (Lemke 91). Así, en *La dominación masculina* (1998) Bourdieu sostiene que las “las mismas mujeres aplican a cualquier realidad, y en especial, a las relaciones de poder en las que están atrapadas, unos esquemas mentales que son el producto de la asimilación de estas relaciones de poder y que se explican en las oposiciones fundadas del orden simbólico” (49). En otras palabras, la fuerza del orden masculino es ejercida en nombre de un principio simbólico conocido y admitido tanto por el dominador como por el dominado. Por otra parte, la escritora feminista Monique Wittig, hace hincapié en que las categorías creadas desde los dominadores deben ser comprendidas desde una red compleja de subordinación. En *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, Wittig señala que “la dominación suministra a las mujeres un conjunto de hechos, de datos aprioris que, por muy discutible que sean, forman una enorme construcción política, una prieta red que lo cubre todo, nuestros pensamientos, nuestros gestos, nuestros actos, nuestro trabajo, nuestras sensaciones, nuestras relaciones” (32). Se trata de una colonización corporal arraigada dentro de los imaginarios sexuales que desemboca que los cuerpos femeninos colaboren en su propia represión.

Además, tanto Bourdieu como Wittig coinciden en la existencia de mecanismos que han logrado la cooperación de las mujeres en el sistema patriarcal que han estado en constante diálogo con las instituciones. Según la historiadora estadounidense Gerda Lerner, la subordinación de las mujeres quedó institucionalizada en los primeros códigos jurídicos y el poder totalitario que el estado le impuso (34). La dependencia económica del padre y posteriormente, la sumisión ante el esposo, el credo de religiones metafísicamente

patriarcales y la distribución de los roles sociales, fueron hitos que consolidaron la dominación masculina.

2. Cuerpos enfermos y espacios disciplinantes

Aristóteles en *Ética Nicomaquea* señala que el objetivo de las ciencias medicinales debe tender hacia un bien común y su contribución a mejorar la salud de los cuerpos. No obstante, la inevitable metamorfosis del pensar médico, de su ética médica en sus más diversas modalidades de expresión, no solo ha permitido extrapolar nuevos límites teóricos, sino más bien ha impactado transversalmente la praxis social de los cuerpos. Así, a diferencia de los planteamientos éticos de la medicina clásica, el francés Michel Foucault ha expresado que ya en el siglo XII, la medicina se convierte en una ciencia del control, sustentada en un saber disciplinar: la ciencia médica.

Para el filósofo francés es en el siglo XII cuando se funda una medicina basada en el control de la vida y la muerte, es decir, la búsqueda de para alargar la existencia y, con ello también los padecimientos, hasta que el deceso ocurra de forma “natural”. En estos términos, Foucault sostiene que “es en la vida y a lo largo de su desarrollo donde el poder establece su fuerza; la muerte es su límite, el momento que no se puede apresar” (*La voluntad*, 190) Ante esto, el poder como dominación cambia de paradigma; la muerte se ve subordinada a la vida, como ejercicio de poder sobre sujetos de derecho.

Ahora bien, la progresión de la medicina como forma de control y/o dominación, en concordancia con la producción industrial y el crecimiento del saber medicinal, permitió la construcción de un cuerpo social normado y sometido por las instituciones hospitalarias. Instituciones que pone en función un espacio terapéutico que controla la materialidad corporal de los individuos y los direcciona hacia sus propios fines. Aquí se segmentan los cuerpos, las enfermedades, los síntomas, las vidas y las muertes; constituyendo un cuadro de singularidades yuxtapuestas cuidadosamente estratificadas. Todo esto, con la finalidad de aumentar las fuerzas del cuerpo para sus “usos económicos y debilitarlas para su avasallamiento político” (Lemke 51)

Frente a lo anterior, cabe destacar que ya Jean Jacques Tenon entre los años 1775 y 1785 proveía un orden hospitalario en donde “las enfermedades se agruparán por órdenes, tipos y especies, en un dominio racionalizado que restituye la distribución originaria de las esencias” (Lemke 67). Al ocurrir tal situación, Lemke señala que el hospital se convirtió en un “centro de experimentación que garantizaba un espacio de visibilidad claro y resplandeciente; un gran “orden” capaz de visualizar los cuerpos y disponerlos como objetos de saber” (88). Para Foucault “el momento histórico de las disciplinas es el momento en que nace un arte del cuerpo humano, que no tiende únicamente al aumento de sus habilidades, ni tampoco a hacer más pesada su sujeción, sino a la formación de un vínculo que, en el mismo mecanismo, lo hace tanto más obediente, tanto más útil, y al revés” (*Vigilar y Castigar* 83). Este es para Foucault la “primera vez en la historia, [que] sin duda lo biológico se refleja en lo político” (*Vigilar y castigar* 49). En este sentido, las disciplinas científicas como la anatomía, la biología y patología logran dar una estructura de acción política sobre los cuerpos, determinando sus propios fines. Fines que según Durán fomentan un supuesto progreso y bienestar social, configurando “una teoría de la mentalidad positiva y la difusión de una nueva jerarquización de las ramas del saber” (54).

En la historia chilena y latinoamericana, el saber científico se transformó, desde fines del siglo XIX y con fuerza a partir del siglo XX, “en el instrumento incuestionable de conocimiento” (Durán 116). Para Manuel Durán fueron los médicos y científicos, y no los juristas ni los teólogos quienes manifestaron un temprano interés sobre las condiciones de vida y la moralidad de la población (64). Este historiador señala que ya desde la década de 1830 numerosos cuerpos vagaban en las periferias de la ciudad, invadiendo durante el día el centro cívico. Este hecho se agravaba con la falta de una política reguladora de los espacios, y la carencia de instituciones eficaces que internaran y rehabilitaran los cuerpos enfermos. En este escenario, el Estado comenzó a intervenir en la salud de los cuerpos bajo una política de salubridad corporal en donde “asumió la responsabilidad de mejorar las condiciones de vida de todos los ciudadanos” (Labarca en Zárate 83). María José Cabrera señala que el código sanitario de 1918 marcó “un avance crucial para el desarrollo de la salud como una responsabilidad estatal” (73). Es más, con la creación de un ministerio encargado en la salud pública en 1924, se posicionó un Estado más consciente de la

relevancia de la prevención y el tratamiento de diversas enfermedades que afectaban a los ciudadanos, pero principalmente a los cuerpos femeninos.

Sin embargo, es de detallar que para la historiadora María Soledad Zárata, estas políticas públicas forman parte constitutiva de una historia más íntima y privada, más distante con respecto al discurso oficialista imperante del siglo XIX y el siglo XX:

Parte de la historia de Chile es la historia del cuerpo de quienes han buscado el bienestar en hospitales, consultorios médicos y programas sanitarios. El devenir del cuerpo de pacientes, convalecientes y moribundos, de quienes han intervenido su capacidad reproductiva o de quienes ha luchado contra el alcoholismo constituye parte de una memoria social más íntima pero menos épica, más silenciosa pero significativamente cotidiana (11).

Por su parte, Álvaro Góngora manifiesta que hay una “casi nula mención de en las fuentes de los enfermos, mancos, cojos, inválidos, defectuosos, dementes y una serie de cuerpos enfermos (...) ni siquiera la figura del anciano postrado es posible encontrarla citada” (179) en los registros históricos del Chile XIX y principios del siglo XX. Sin embargo, todos estos cuerpos marginales sociales paulatinamente comenzaron a emerger en el escenario oficial a través de incipientes políticas públicas con el fin de atenuar las enfermedades y promover el bienestar social. En este contexto, se visibilizaron los cuerpos en términos de natalidad, mortalidad y esperanza de vida. La higiene fue usada de una forma cada vez más frecuente no sólo como medio de moralización de las costumbres sino también como una forma de control social¹⁹. El discurso higienista se tornó en un régimen colectivo sobre la población dirigido hacia la desaparición de grandes tempestades epidémicas y la prolongación de la duración media de vida.

¹⁹ Se alude aquí al discurso higienista, entendidos como “una corriente ideológica que agrupa todas aquellas acciones dirigidas a la conservación de la salud y a reparar los efectos de las enfermedades” (Zárata 364). Según Durán este discurso médico “se validó en Chile mucho antes de establecer prácticas eugenésicas positivas, generando entre las décadas de 1910 a 1930 una intensa discusión institucional sobre este tema” (33).

La enfermedad, desde este paradigma, fue concebida como una patología que corrompía al cuerpo y tenía su génesis en la misma sociedad. No se trataba, por tanto, de enfermedades naturales, sino de vicios de la sociedad urbana que provocaban las enfermedades. Ante un cuerpo masculino que sucumbía ante la bebida alcohólica²⁰, se buscaba un cuerpo masculino idealizado bajo el signo del ciudadano ejemplar, trabajador, padre de una legítima familia unida bajo las leyes del matrimonio²¹. Por su parte, ante un cuerpo femenino que se entregaba a la prostitución se demandaba un cuerpo femenino saludable, recluido en el hogar familiar para desempeñar su más importante rol: el de reproducción y maternidad. Para Zárate “No es casual ni tampoco gratuito que el protagonismo se reparta principalmente entre médicos y mujeres (...) respecto a las mujeres la visibilidad de la fisiología de sus cuerpos tenía consecuencias que excedían el ámbito clínico. La observación y supervisión del cuerpo femenino, en su más amplio sentido, eran vitales para asegurar la reproducción y preservación de la vida” (18)²²

En este sentido, la función médica dejó intactas las jerarquías de género tradicionales que limitaban la autonomía femenina a un rol pasivo al interior del hogar (Peiper en Zárate 218). El discurso médico se encontraba lejos de imponer su carácter objetivo; “la mayoría de los médicos y los políticos demostraron un intransigente derecho a controlar el cuerpo de la mujer, impidiéndole una participación igualitaria respecto de decisiones relativas a su salud y su reproducción” (Peiper en Zárate 219). Si bien, como señala Peiper, algunas mujeres podían tomar mayor control de sus vidas regulando los embarazos y espaciando los nacimientos “pocas llegaron a actuar de manera autónoma e

²⁰ Los médicos del último cuarto del siglo XIX habían empezado a coincidir con una imagen del pueblo bebedor caracterizada “por el exceso, la cotidianidad y la masiva costumbre de la borrachera” (Fernández 268)

²¹ Sobre este aspecto, Góngora señala que “los prejuicios sociales eran marcados, hasta en los sectores de menor rango, donde la mayor obsesión era racial. Entre 1778 y 1819 rigió una Real Pragmática que regulaba los matrimonios de hijos de familia, debiendo los padres o los ascendientes (...) expresar su acuerdo o rechazo para que estos contrajeran matrimonio. Cuando se estimaba que la unión afectaba al honor de la familia o era perjudicial para la el Estado, se rechazaba (183).

Además, Góngora señala que los hijos de dicha familia “fueron una prolongación hasta corporal de sus progenitores, dado que lo normal era que vistieran muy formalmente, como adultos, hablaran y gesticularan como tales, exteriorizando una fisonomía, rictus y modales que los identificaran con sus familias” (181)

²² El pensamiento eugenésico trata sobre “el interés por intervenir en la reproducción humana aplicando las leyes biológicas de la herencia y aislando aquellas cualidades sociales indeseables en pos de la creación de individuos sanos, vigorosos y morales” (Zárate 382). En Chile inspiró programas y debates en la primera mitad del siglo XX.

informada en asuntos que afectaban las más íntimas decisiones que determinaban sus vidas” (219)

En la novela *Impuesto a la carne*, la concepción del fenómeno medicinal explicitada aquí por Durán, Zárate Peiper, Labarca como un saber de control sobre los cuerpos, se evidencia transversalmente a lo largo de la obra. El cuerpo médico de la novela, de forma paralela con los políticos y funcionarios chilenos que impulsaron proyectos de reforma en la salud pública a lo largo del siglo XX, definen un territorio en el cual el cuerpo femenino se ve coartado por determinaciones individuales y colectivas. Realizar una lectura desde esta perspectiva, también involucra asimilar la tesis histórica de Michel Foucault con respecto al cambio paradigmático del saber y la vida, expuesto anteriormente. Se trata de una aproximación teórica que permite adentrarse en el entramado de poder, dominación y saber con qué se construyó la institucionalidad hospitalaria.

3. Resistencia y maternidad

Para explicitar y comprender los mecanismos coercitivos de poder, es necesario revisar las formas de resistencias que se ejercen contra distintos tipos de poderes. La resistencia desde la tesis de Foucault “no es una sustancia y no es anterior al poder, es coextensiva al poder, tan móvil, tan inventiva y tan productiva como él; existo sólo en acto como despliegue de fuerza, como lucha, como guerra” (En Díaz 106)²³. Resistir no es sólo oponerse y/o enfrentarse a un otro, sino también implica una interdependencia concreta con la dominación. Es más, quien resiste ejerce una fuerza en oposición a un poder totalitario, que en el hecho de resistirla le proporciona un reconocimiento de dominación, al mismo tiempo que en la resistencia materializar un conjunto de estrategias para hacer frente a dicho poder:

Contra este poder (...) las fuerzas que se resisten se apoyaron en lo mismo que aquél que invadía. Es decir, en la vida en tanto de ser viviente- (...) lo que reivindica de objeto es la vida, entendida como necesidades fundamentales, esencia concreta del hombre, cumplimiento de sus virtualidades, plenitud de lo imposible. Poco importa si se trata o no de una utopía; tenemos ahí un proceso de lucha muy real: la vida como objeto político fue en cierto modo tomado al pie de la letra y vuelco contra el sistema que pretendía controlarla (Foucault, *La voluntad* 172).

Una forma de resistencia es la que se expresa y canaliza a través del cuerpo. Pues como hemos ya señalado con anterioridad, estos no se encuentran atrapados radicalmente por el poder, puesto que siempre cabe la probabilidad de modificar su dominio en condiciones determinadas y según estrategias particulares. El poder que se extiende sobre

²³ La afirmación foucaultiana “donde hay poder hay resistencia” () resume el carácter coextensivo y contemporáneo de las resistencias, introduciendo nuevos y múltiples interrogantes al interior de la teoría social tales como: “¿cuál es el dominio y el fundamento específico de las resistencias?; ¿un simple efecto que se activa frente (y posteriormente) a la manifestación de grietas y fisuras en los ejercicios de poder del sujeto dominante de esa relación?; o por el contrario, ¿las prácticas de resistencia son creadoras de esas grietas?; ¿las resistencias y las luchas se encuentran simplemente capturadas e integradas en los dispositivos de poder?, o por el contrario, ¿atravesaban esos dispositivos a la par que los desbordan?; ¿la eficacia de las luchas y resistencias se vincula con la capacidad de ser dirigidas hacia el fundamento propio de la asimetría de la relación?” (Abal 1)

los procesos de vida y que busca regularlos provoca resistencias que, “el nombre del cuerpo y la vida levanta exigencias y reclama reconocimiento” (Lemke 68). De esta forma, frente a una intensificación de las formas de control y dominación de los cuerpos, el afán de resistir se hace más patente en los cuerpos subyugados. Es decir, en el momento mismo en que se conjuga una relación de poder, existe automáticamente la posibilidad de resistir: “donde hay poder hay resistencia” (Foucault 190) Para el pensador francés, al esclarecer la resistencia en el núcleo del poder, promueve nuevas formas de subjetivación de la realidad, y con ello, permite el rechazo a la individualidad que se ha impuesto durante siglos.

Complementando a Foucault, el francés Michel De Certeau, advierte sobre el límite de la dominación. El sociólogo en su obra *La invención de lo cotidiano* destaca la incompletitud de cualquier estrategia de dominación a partir de nociones de táctica²⁴ y estrategia²⁵. De esta forma, su mirada se desplaza desde la constatación de la reproducción de lo existente hacia la potencialidad de transformación del espacio dominante. Ello significa destacar la capacidad afirmativa, creativa y fundante de las resistencias en contrapartida de las disciplinas, en las “maneras de hacer” anti-disciplinarias.

Desde esta perspectiva, en contraste con Foucault, quien analiza los ejercicios de poder del sujeto dominante y las formas de procedimientos, discursos o técnicas; De Certeau intenta individualizar las “operaciones o esquemas de acción” que los usuarios o receptores crean en su quehacer cotidiano para desarrollar un espacio original de creatividad no subordinado al orden dominante (39). Así el dominado abre un sistema de posibilidad para subvertir un orden previamente establecido por una histórica estructura de dominación.

Ahora bien, en la narrativa de Eltit subyacen constantemente expresiones de rebeldía y resistencia. El ejemplo más representativo es *Lumpérica*. Tanto en términos del contexto de producción como del contenido de la misma obra, Eltit entrevistó una narrativa

²⁴ Para De Certeau la táctica es “la acción calculada que determina la ausencia de un lugar propio. Por tanto, ninguna delimitación de la exterioridad le proporciona una condición de autonomía. La táctica no tiene más lugar que el del otro. Además, debe actuar con el terreno que le impone y organiza la ley de una fuerza extraña [...] es movimiento “en el interior del campo de visión del enemigo” [...] No cuenta con la posibilidad de darse un proyecto global ni de totalizar al adversario en un espacio distinto, visible y capaz de hacerse objetivo” (43).

²⁵ Por su parte, para De Certeau la estrategia es el “cálculo (o a la manipulación) de las relaciones de fuerzas que se hace posible desde que un sujeto de voluntad y de poder (una empresa, un ejército, una ciudad, una institución científica) resulta aislable. La estrategia postula un lugar susceptible de circunscribirse como algo propio y de ser la base donde administrar las relaciones con una exterioridad de metas o de amenazas” (42)

que traspasó los límites explícitos de una Oficina de Censura y junto con esto, de las restricciones escriturales del periodo dictatorial²⁶. Según Mónica Barrientos, la *L. Iluminada* es una subjetividad que está en constante flujo, carece de identidad por sus múltiples formas y apodos (201). *Iluminada* es un personaje vaciado de toda categoría de legitimidad que escapa de los principios racionales de dominación a partir de un lenguaje disruptivo. En cambio, en la novela *Impuesto a la carne* la resistencia se concentra en el contacto íntimo entre madre e hija. En este vínculo, se crea un espacio anti-disciplinario, una subversión alejado a las lógicas de producción y productividad del recinto hospitalario, que permite trazar una posibilidad de sobrevivencia y libertad para estas protagonistas. Dicho vínculo, a saber, es la maternidad, que adquiere connotaciones biopolíticas que escapan de las lógicas de dominación masculina al interior del recinto hospitalario.

La mirada disruptiva sobre maternidad tiene en Julia Kristeva su principal representante teórica. Esta autora señala que la condición maternal tiene una cualidad ontológica anterior a la ley paterna y por ende debe ser replanteada. Aquí lo materno es definido como un estado situado más allá de la representación, un espacio no significable para los códigos de dominación masculina (Saletti-Cuesta 179). Del mismo modo, En *Poderes de perversión* (1988) Julia Kristeva señala que la maternidad tiene un correlato con lo abyecto. De acuerdo con la autora lo abyecto es “aquello que perturba una identidad, un sistema, un orden. Aquello que no respeta los límites, los lugares, las reglas. La complicidad, lo ambiguo, lo mixto” (4). El sujeto abyecto es un arrojado, un excluido, que se separa, que no reconoce las reglas del juego, y por lo tanto “erra en vez de reconocerse, de desear, de pertenecer o rechazar” (16). Considerando estos elementos, la maternidad se constituye como una nueva biopolítica de resistencia, tanto en su sexualidad como en su corporalidad. No obstante, para ello, es necesario la transformación en el ámbito simbólico de la relación madre e Hija. En este sentido, Julia Kristeva propone recuperar lo materno como espacio que permita el acceso de lo excluido a la función del cuerpo de la madre, la cual es censurada por la ley simbólica del patriarcado (Saletti-Cuesta 179).

²⁶ *Lumpérica* fue escrita en un contexto de fuerte censura artística, la escritora cuenta que tuvo que escribir la obra con el censor al lado, en el sentido simbólico del término, pero que su integridad como escritora nunca se permitió escribir para el censor (En Barrientos 203)

V. Primer capítulo: Los mecanismos de dominación, disciplinamiento y patologización del cuerpo en *Impuesto a la Carne*

En *Impuesto a la carne* la hija relata los acontecimientos que ocurren en el espacio cerrado y asfixiante del recinto hospitalario. Un espacio que responde a una estructura de dominación masculina que, a partir de la jerarquización corporal, configura cuerpos disciplinares y subyugados a un orden establecido. En este contexto, la hija expresa:

“nuestras vidas se deslizan a través de una línea multitudinaria de cuerpos, una larga geografía de pacientes sumisos. Una ostentosa fila de pacientes severos o terminales que conforman el entorno de lo que ha sido nuestra difícil existencia” (Eltit, *Impuesto* 12).

Se trata no sólo de un mundo para enfermos sino de “un mundo enfermo” (Eltit, *Impuesto* 12), una yuxtaposición de cuerpos estáticos que convergen al interior del recinto hospitalario bajo el yugo de la dominación masculina. En *Vigilar y Castigar* Foucault señala que hay “métodos que permiten el control minucioso de las operaciones del cuerpo, que garantizan la sujeción constante de sus fuerzas y les imponen una relación de “docilidad-inutilidad, es lo que se puede llamar las “disciplinas” (141). Desde esta perspectiva, el recinto hospitalario representa un territorio en donde “no es posible escapar del poder, que siempre está ahí y que constituye precisamente aquello que se intenta oponerle” (Foucault, *Vigilar y Castigar* 100). El hospital es un espacio de reprime las libertades de las protagonistas en el marco de las costumbres autoritarias, científicas y neoliberales. Así señala la hija: “las costumbres nacionales y los modos patrios se han traducido en un comportamiento inamoviblemente cruel desde el primer momento de nuestras vidas” (Eltit, *Impuesto* 21). Comportamiento que, en concreto, instala una relación fija, que en el contexto del recinto hospitalario se ha convertido en causa y efecto: enfermedad-reclusión.

Los mecanismos de poder permiten organizar el poder sobre la vida y el desarrollo de un capitalismo que disciplina los cuerpos para introducirlos en la línea productiva. Esta

es la biopolítica de Foucault expresada en toda su complejidad en el recinto hospitalario donde pasan sus días, semanas, años, siglos una madre y su hija. Sin embargo, la radicalización del disciplinamiento al interior del recinto hospitalario representado en su larga estadía en él (doscientos años) hiperboliza el pensamiento médico sobre el tiempo de vida transformado en un discurso sobre el miedo a la muerte, pero que aun así no cuestiona las prácticas de violencia, de tortura, de cosificación y utilitarismo mercantil; un tiempo vivo y objetivado en un producto que se erige hostilmente contra los cuerpos femeninos.

En este marco, donde el tiempo impera desde el orden masculino y donde el capitalismo y patriarcado se reproducen mutuamente, el presente capítulo tiene como objetivo identificar y analizar en la novela *Impuesto a la Carne* los mecanismos de poder que ejercen control sobre los cuerpos femeninos de Madre e Hija en el espacio hospitalario y su yuxtaposición alegórica y crítica de estos mecanismos en las historias nacionalistas latinoamericanas.

1. Deshumanización e individualización de los cuerpos

En *vigilar y Castigar*, Foucault afirma que “el poder produce; produce realidad; y produce ámbitos de objetos y rituales de verdad. El individuo y el conocimiento que de él se puede obtener corresponden a esta producción” (198). En estos términos, las lógicas de dominación que establece el recinto hospitalario en *Impuesto a la Carne* crean un poder que construye cuerpos y formas de vida que nacen de las condiciones de posibilidad que se subsumen a la ética y la política masculina patriarcal del recinto hospitalario.

Se trata en términos de Bourdieu, de un orden simbólico, base de la dominación masculina fundada en el *habitus* hospitalario, es decir un continuo reproductivo de categorías de percepción (superior/ inferior) que naturalizan las relaciones de poder; definiendo en forma diferenciada los usos legítimos del cuerpo (Bourdieu 37). Así, la dominación masculina afecta los modos de actuar y pensar los cuerpos femeninos al interior del recinto hospitalario. Pero donde los médicos, enfermeras y pacientes contribuyen a la “reproducción de todo el sistema de las diferencias constitutivas del orden social” (Bourdieu 37). Un orden, en donde la división de los sexos queda fenomenológicamente anclada en la estructura político de dominación del recinto

hospitalario. Los médicos asumen una percepción masculinista en el sobre el saber/poder de los cuerpos y los pacientes, una connotación femenina, al someterse a las decisiones de los médicos.

Según Bourdieu, el orden simbólico se construye mediante disposiciones arbitrarias de características duraderas y permanentes dentro de una estructura política de dominación (Bourdieu 107-110). A partir de lo anterior, en la novela se forja un primer mecanismo de dominación que responde al espacio fragmentado y naturalizado que administra la racionalidad médica. Dicha fragmentación geomorfológica propicia y promueve prácticas individualizantes que facilita la coacción física y psíquica sobre los cuerpos femeninos. Esto lo podemos identificar cuando la Hija señala: “el aislamiento se instaló como la condición más común o más normal” (Eltit, *Impuesto* 10). En efecto, se trata de cuerpos adscritos a un mecanismo de dominación que desvincula las relaciones filiales; como también, disocia cuerpos de una misma categoría sexual:

Tuvimos parientes distantes tan distantes que resultó imposible atraerlos a nuestra causa. Es cierto que sostuvimos un ligero y hasta frívolo contacto con algunas amigas, pero ellas se desvanecieron sutilmente después de someterse al incendio funerario que las redujo al espacio ambiguo de las ánforas mortuorias (Eltit, *Impuesto* 21)

Aquí el contacto afectivo que se co-construye socialmente bajo lazos de reciprocidad con un otro corporal adquiere connotaciones deshumanizadoras y nulas. Guiso define la deshumanización como la “expresión de la alienación y dominación, es la distorsión de la vocación de humanizarnos” (5), mientras que la humanización, es lo contrario, “es un proyecto emancipador que exige procesos de transformación, de modificación de la realidad, siendo ésta una forma de experimentar lo que significa ser personas” (5). Esto, responde siguiendo a Wittig, a una problemática en torno a la ficticia categoría sexual²⁷ creada por la dominación masculina. La autora francesa señala que “los sexos a pesar de sus categorías constitutivas deben inevitablemente desarrollar relaciones

²⁷ Wittig señala que “la categoría de sexo no tiene existencia a priori, antes de exista una sociedad. En cuanto a categoría de dominación social de las mujeres ejercida por los hombres, ya que no existe otra dominación que la social” (33).

de categoría a categoría” (33). Sin embargo, “dado que pertenecen a un orden natural, esas relaciones no pueden ser consideradas como relaciones sociales” (Wittig 33). De este modo, siguiendo a Wittig, queda truncado el afán por crear un vínculo corporal filial, una relación en donde los cuerpos estén dispuestos a realizar acciones en conjunto con el otro y por el otro corpóreo. Aquellos “parientes distantes” (Eltit, *Impuesto* 21) y aquel “frívolo contacto con algunas amigas” (Eltit, *Impuesto* 21) dan cuenta de la anulación social de los cuerpos en donde la categoría sexual no se sustenta en “una cuestión de ser, sino de relaciones” (Wittig 34), relaciones deshumanizantes y desvinculantes de lo afectivo y lo identitario. Así lo expresa Hija:

Lo que no nos compromete (...) es aludir a nuestras familiares muertos (...) que teníamos y que han ido falleciendo de manera sistemática. Una detrás de otra, como si fueran una manada de animales aislados y hambrientos (Eltit, *Impuesto* 41).

En estas líneas, se extrapola una erradicación de los lazos afectivos ante la muerte sistemática y anónima de los cuerpos inmersos en el recinto hospitalario. Cuerpos, que, para las protagonistas, son, en suma, “primas lejanas, en tercer, cuarto, quinto grado”, que provenían “de un pasado tan distante que solo nos dejó la herencia de unos grados puramente técnicos” (Eltit, *Impuesto* 41).

Ahora bien, como se ha señalado anteriormente, el mismo mecanismo de dominación en torno a la individualización corporal, se articula mediante el disciplinamiento entre los cuerpos femeninos para eternizar dicha individualidad corporal. Mujeres que, en suma, producto de su categoría sexual son parte de un “sistema de explotación sobre el que se funda económicamente la heterosexualidad” (Wittig 34) y en donde, específicamente, “los hombres se apropian de [su] reproducción y la producción” (Wittig 35). Así, en lo que respecta a los cuerpos femeninos del recinto hospitalario, para madre e hija son marcadas insubstancialmente como mujeres:

Ingenuas, obsesivas, entregada a los medicamentos, adicta a sus cuerpos, envenenadas de ellas mismas. Son víctimas de sucesivos espejismos de

sanación, como si sus órganos pudieran burlar las inexactitudes de la medicina. Cautivas de los médicos y sus batas blancas y las mascarillas y la falsa altura que proyectan ante la mesa de operaciones (Eltit, *Impuesto* 153).

En este pasaje, la existencia del otro femenino, para las protagonistas no logra escapar de la frontera física y simplificadora de un mundo previamente determinado por la dualidad sexual entre dominados y dominados. Una frontera ilusoria e inverosímil que según Wittig “posee nuestros espíritus de tal manera que no podemos pensar fuera de ella” (37) y con ello, no permite establecer más allá de la categoría sexual, un cruce cultural y social entre la multiplicidad de cuerpos que se encuentran inmersos en el recinto hospitalario.

En definitiva, madre e hija en su afán de conjugar una caracterización e identificación de los cuerpos femeninos, se ven mediadas por una estructura política que, en su totalidad, tiende a ratificar la dominación masculina al disponer de los cuerpos como realidad perceptiva y fragmentada, con connotaciones sexuadas, sumisas y explotadas por el cuerpo médico²⁸. Realidad que tiene como trasfondo “oculta[r] la realidad política de la subyugación de un sexo por el otro, el carácter obligatorio de la categoría en sí” (Wittig 35). La feminidad y la masculinidad, en tanto categorías sexuales que dinamizan el sistema de relación categorial, se constituye frente a frente por oposición, pero también por parentesco, entregando a las mujeres un auto-concepto de escepticismo con su propio sexo. Con ello, se logra una materialización del cuerpo femenino, que en términos de Judith Butler produce un efecto de límite, fijeza y superficie, que es lo que perciben las protagonistas al interior del recinto hospitalario (33).

Desde esta perspectiva, la apariencia que se conjuga ante el otro corpóreo hace entrar en crisis la alteridad y la otredad de los cuerpos femeninos inmersos en el recinto hospitalario. Según Hija, los otros corpóreos son:

²⁸ Según Bourdieu “el programa social de percepción se aplica a todas las cosas del mundo, y en primer lugar al cuerpo en sí, en su realidad biológica: es el que construye la diferencia entre los sexos biológicos de acuerdo con los principios de una visión mítica del mundo arraigada en la relación arbitraria de dominación de los hombres sobre las mujeres, inscrita a su vez, junto con la división del trabajo, en la realidad del orden social (24)

Mujeres que ni siquiera conocemos y con las cuales compartimos más que simples o agudos dolores. Mujeres solas, acostadas en sus camas. Sí, solas (...) ahora están solas como mi mamá y yo (Eltit, *Impuesto* 152).

Esta crisis de “mujeres solas”, siguiendo a Wittig, “impregna todos los discursos, incluso los del sentido común” (35) que, a la vez, “es reforzado en todos los niveles de la realidad social” (35). De ahí que, al no subsistir el reconocimiento ante un otro corpóreo, y con ello, un vínculo corporal y social entre los cuerpos femeninos, la dominación masculina logra controlar “toda la producción mental” (37) del recinto hospitalario. Esto a partir del “cuadro real de singularidades yuxtapuestas y cuidadosamente distintas” (*Vigilar y Castigar* 148) en donde “los cuerpos, las enfermedades, los síntomas, las vidas y las muertes” (*Vigilar y Castigar* 148) no se reconocen a sí mismas.

2. Jerarquías corporales, miedo, racismo y sugestión femenina

La individualidad de los cuerpos permite trazar la inmovilidad de los cuerpos desde una determinada jerarquía corporal, como mecanismo de dominación. En esta dinámica de dominación masculina, la jerarquía corporal que implanta el recinto hospitalario consolida la sugestión de los cuerpos femeninos, los cuales en su gran mayoría no son capaces de resistir “las terribles represiones, las torturas (...) y las costumbres históricas (Eltit, *Impuesto* 72) del cuerpo médico. Aquí, la violencia ejercida por la jerarquía corporal se entiende en términos utilitaristas²⁹, es decir, un recurso instrumental para contribuir en “una forma curiosa (ilegal) de generar ganancias” (Eltit, *Impuesto* 72) sobre los cuerpos femeninos³⁰.

²⁹ El sociólogo francés Michel Wieviorka sintetiza tres modelos con los que se ha entendido la violencia las ciencias sociales: uno sistémico, otro utilitarista, y el último culturalista. La violencia utilitarista es un modelo de violencia que, aun considerando las críticas por explicar acciones sociales ajustadas exclusivamente como consecuencia de arreglos racionales-instrumentales, permite comprender que en los actos violentos hay estrategias y movilización de recursos que la desencadenan (240).

³⁰ Siguiendo a Foucault, esta ganancia “no pudo afinarse sino al precio de la inserción controlada de los cuerpos en el aparato de producción, mediante un ajuste de los fenómenos de población a los procesos económicos” (*La Voluntad* 143).

¿Cuál es esa ganancia, el capital que obtienen los médicos a partir de los cuerpos enfermos? Se trata en términos concretos de la sangre. En palabras de Hija, los médicos buscan:

“[la] sangre para completar cientos o millones de tubos que enrojecen de manera alarmante los laboratorios (...)”, y cuando la obtienen “se van contentos (...) desaparecen sin ninguna compasión (...) salen de la sala común como si no nos hubiesen enterrado el bisturí (Eltit, *Impuesto* 153).

La sangre es la metáfora del capital y la expansión del capitalismo que “se va a vender en la trastienda de un mercado desconocido, pero seguramente devaluado y transitorio (Eltit, *Impuesto* 65). Ahora, dentro de la jerarquía corporal, son los médicos los que se encuentran en la cúspide de la jerarquía hospitalaria: “Ya ha transcurrido un mínimo de cuanto ¿doscientos años?, nada menos, y ellos, blancos y esterilizados aún están en la cúspide de un remolino social” (Eltit, *Impuesto* 37). Se trata de una representación que invocan a una orgánica tradicionalista y excluyente que ha mitificado una nación vertical, criolla, occidental y radicalmente autoritaria³¹ bajo sus propias directrices administrativas³², y que, en el fondo, “no se resignan (...) a renunciar a sus cómodos sillones y a los paisajes que divisan desde sus ventanas” (Eltit, *Impuesto* 88)

Los médicos propagan el temor hacia los cuerpos femeninos como otro mecanismo de dominación. De ahí que, para Arteaga es necesaria la existencia del miedo para lograr la ejecución efectiva de la violencia. Sobre esto, señala el Arteaga “Cuando la dinámica de la violencia ha sido puesta en marcha, la distancia social se acentúa, con lo que el ciclo vuelve a comenzar profundizando el miedo” (139). A partir de ello, el cuerpo médico instala un

³¹ Dolores y Pombo ponen en relevancia que la estructura la conquista de América y posteriormente, la constitución colonial ha permitido el fortalecimiento de dos procesos claves de alteridad: la axiología y lo praxeológico. Los autores señalan que el proceso axiológico ha permitido “la clasificación y jerarquización de las razas, su desvalorización y la postulación de limpieza racial”. El proceso praxeológico, en cambio ha consolidado “el grado de identidad o diferencia con el otro recién “descubierto” (72)

³² En Latinoamérica, la estructura de poder colonial del siglo XIX piramidal ha permitido a la élite criolla, administrar, financiar y controlar los territorios del continente en función de sus intereses y aspiraciones personales. En este contexto, el primer mecanismo de dominación visibilizado en la novela *Impuesto a la carne* tiene un carácter estructural, anclado en la historicidad latinoamericana. Esta vertiente, permite el distanciamiento de aquellos cuerpos sometidos que no forman parte de la posición holística de la élite política por medio del racismo, la tortura y la violación corporal.

ritual hospitalario de exámenes, operaciones, diagnósticos, controles y visitas médicas con la finalidad de incentivar un miedo generalizado sobre la enfermedad:

“yo me sacudía entre estertores nerviosos, presa de un terror opresivo que no podía dominar, un terror tremendamente vital que me dejaba agotada y me obligaba a volver hacia un interior que no tenía ni principio ni fin (...)” (Eltit, *Impuesto* 115)

Aquí el miedo se puede leer como la amenaza constante de un eventual ejercicio de violencia que se comete contra el cuerpo de las mujeres. En estos términos, la dominación masculina representado por el cuerpo médico, ejerce el control de los cuerpos de las pacientes a partir de la incitación al miedo de forma permanente. De aquello, se derivan una serie de conductas rutinarias en donde las humillaciones, las coacciones, las amenazas y los desprecios se conjugan como prácticas cotidianas. La hija sostiene en un pasaje: “nuestros corazones agitados latían más fuerte cuando aparecía el médico y nos decía con sorna o con lastima o con desgano: pasen” (Eltit, *Impuesto* 117). En definitiva, son prácticas que consignan el actuar médico dentro del recinto hospitalario y que finalmente, generan un profundo miedo en la consulta médica.

Ahora bien, para perpetuar las leyes y las reglas al interior del recinto hospitalario, el cuerpo médico, establece esquemas en donde las mujeres y los cuerpos enfermos trabajen en beneficio de los hombres. En la novela, una práctica de esta condición tiene como actores principales a las enfermeras y fans³³, quienes prosiguen la jerarquía corporal dentro del recinto hospitalario.

Las enfermeras y los fans se constituyen como cuerpos enajenados al capital económico y el dominio político de los médicos, que, bajo las lógicas de dominación masculina, forjan un espíritu idólatra y ferviente entorno al nacionalismo y a la autoridad médica. A partir de ello, se refuerza un acuerdo que regula y estabiliza la dominación masculina y que, a la vez, permite desplegar una difuminada acción que afecta directamente la fisiología y psiquis de las protagonistas. En estos términos, siguiendo a Bourdieu, el

³³ Si bien los fans no son definidos por una categoría sexual, se entiende en este trabajo tienen un mismo correlato de sometimiento que la categoría sexual de la mujer.

orden hospitalario “funciona como una inmensa máquina simbólica que tiende a ratificar la dominación masculina en la que se apoya” (22). De este modo, las enfermeras representan el modo de producción del capitalismo que impera bajo las lógicas de productividad e improductividad. Su función es extirpar rutinariamente la sangre de la protagonista con un fin mercantilista, así lo expresa Hija: “Ellas, las enfermedades, venden nuestra sangre y solo una porción ínfima se destina a nuestros exámenes de rutina que nos hacen” (67). La incidencia de este acto reiterativo desgasta a las protagonistas, y a la vez contribuye directamente con la estructura histórica del recinto hospitalario: “una historia hospitalaria monótona que consagra de manera indisociable al médico” (Eltit, *Impuesto* 64).

La hija señala que “el país o la nación o la patria o como se llame no funcionaría bien sin sus enfermeras” (Eltit, *Impuesto* 67). Sin embargo, es en su función hospitalaria donde las enfermeras, en términos de Wittig, se vuelcan contra su mismo sexo. La hija sostiene en un pasaje:

Mi madre y yo nos avergonzamos ante la angustia que experimenta la enfermera cuando acude de inmediato al llamado de su enfermera jefe. Sí, una jefa que también sufre se atormenta ante la queja del médico de turno (Eltit, *Impuesto* 36).

En este pasaje, se observa como una enfermera que contempla un cargo más elevado que las otras enfermeras de turno se ve subsumida ante las mismas lógicas de los médicos por propagar el miedo ante los pacientes de su mismo sexo. Sin embargo, su cuerpo se mantiene inquieto ante las represalias que puede tomar el médico de turno, pues es él quien mantiene su estatuto de autoridad y puede ejercer una violencia contra la enfermera para que pierda su posición jerárquica.

Por otro lado, los fans observan y consumen con sus gestos y sus miradas las acciones efectuadas tanto por las enfermeras como por el cuerpo médico. Son cuerpos que admiran el progreso científico y buscan tener una reputación mediática por su idolatría: “En los pasillos una horda de fans espera las verdades médicas que den cuenta de los últimos descubrimientos. El amor a la moda que cultivan los fans los obliga a mantener sus cuerpos “ligeramente inclinados, solicitados, esperando los signos de un reconocimiento” (Eltit,

Impuesto 43). Fans que bajo estas cualidades pueden ser asociados por un ansia de participar reproductivamente en la estructura social del recinto hospitalario:

Ellos los fans, se habían entregado con fervor a sus funciones burocráticas o cumplían fielmente de meras estructuras o de escoltas o de vigías o de entretención para el plantel médico. Los fans actuaban con un júbilo místico mientras desplegaban toda su eficacia para conseguir que nuestros médicos conservar su lujo, su guarida y la ocasión de ser quien era: un médico de pies a cabeza (Eltit, *Impuesto* 12).

En contraste con los médicos, las enfermeras y los fans, las protagonistas son una representación cruda y fatalista del cuerpo femenino³⁴: “siento, con una convicción inusitada, cómo me desplazo por esa superficie representando a la especie ignota de un sistema ínfimo (Eltit, *Impuesto* 77). La especie ignota, a la que alude se refiere el extracto, no es más que la caracterización de un cuerpo autóctono que bajo la estructura política del recinto hospitalario se encuentra en el plano más inferior de la jerarquía corporal.

Desde su aspecto fisiológico, madre e hija son: “dos mujeres, solas, ancianas, cercenadas de toda oportunidad del mundo y diagnosticadas por los médicos (y sus fans) como extremas, bajas, demasiado morenas (Eltit, *Impuesto* 33). Rasgos que se insertan bajo un imaginario de inferioridad, externo al esencialismo nacional de la sociedad latinoamericana y chilena³⁵: “¿Cómo somos nosotras? Miro a mi madre: morenas, con los ojos vagamente oblicuos, un cúmulo masivo de arrugas y nada más, porque lo que se entiende por un físico singular ya no es posible” (Eltit, *Impuesto* 109). Protagonistas que quedan entrampadas por los ideales fundantes de la dominación masculina y que son discriminadas y exhibidas por sus rasgos físicos:

Nos dicen viejas curiches. Clasificadas en su archivo así: curiches, curiches, curiches, nombradas curiches por esos hombres que proyectan un fluorescente

³⁴ Desde esta perspectiva, se entiende que los cuerpos femeninos de las protagonistas se pueden leer también como representaciones del mestizaje y la autoctonía latinoamericana.

³⁵ Según Jorge Rojas “el contacto con la cultura inglesa y francesa vino acentuar el afán de blanquear los rasgos físicos de los chilenos y negar la herencia indígena. Este culto a la civilización europea se fortaleció por los viajes al extranjero, los vínculos matrimoniales con los inmigrantes europeos y la difusión que tuvieron las ideas de progreso (58)

halo médico, un halo empecinado que nos desdeña y nos margina de los asientos más cómodos de sus consultas. Somos las parias de los médicos. Representamos una forma de expiación con la que prueban la fortaleza de sus vocaciones: la energía, la disciplina y la férrea autoridad nacional que ejercen sobre nosotras (Eltit, *Impuesto* 33)

La palabra curiches se ramifica como un epíteto despectivo que marca negativamente la identidad de las protagonistas. Una distinción semántica en oposición al halo médico, que supone el trasfondo dicotómico entre pureza/contaminación; civilización/barbarie; centro/ periferia. Madre e hija configuradas, por tanto, como un subproducto de la especie, un “retazo antropológico” (Eltit, *Impuesto* 47). Según la hija, para los médicos, el aspecto de su madre y de ella “les molesta (...) de manera maniática, los altera al punto que turba sus miradas y después de examinarnos se lavan y se lavan y se lavan las manos que tienen (Eltit, *Impuesto* 33). Esta última acción, entendida como un acto de repulsión frente a cuerpos desviados de una norma ortodoxa y racial³⁶.

La burla médica por los cuerpos de las protagonistas en términos de discriminación racial no se hace esperar: “mientras me sacaba la cautela del mundo la ropa que tenía, ellos, los médicos, sin la menor consideración o recato o respeto, se rieron de mí, de mi porte, de mi cara y se burlaron de mis huesos irregulares” (Eltit, *Impuesto* 29). Un estigma social frente al fenotipo corporal de las protagonistas que ha sido centro de experimentación quirúrgica para el cuerpo médico. En definitiva, una burla que entrevé un afán nacionalista de pureza racial en donde lo diferente es irrisorio y es manifestado como material mediático dentro del recinto hospitalario:

“imprimieron mi retrato en el diario del hospital como un ejemplo ineludible.

Sus apresurados y siempre mal redactados titulares afirmaban que yo era una

³⁶ Contribuyendo a lo anterior, el crítico latinoamericanista José Carlos Mariátegui enfatiza en su obra *Siete ensayos sobre la realidad*, el racismo oficial contenido en las ideas de mestizaje que provienen de las estructuras coloniales del siglo XIX. Según Dolores y Pombo “Sus ideas no sólo constituyen una crítica aguda del criollismo, del gamonalismo, de la mentalidad feudal de la clase dominante peruana” (76), sino que también denuncia el “falso imaginario propio de la oligarquía, de su hispanidad heredada y de sus pretensiones de modernidad occidental” (76).

anormal que había ofendido lo más valioso de la especie humana (Eltit, *Impuesto 40*)³⁷

Esta “anormalidad”, finalmente se reproduce en un auto-concepto que desvaloriza a las protagonistas hasta que estas asimilan una condición definida externamente al interior del recinto hospitalario. Así lo manifiesta la hija: “pudimos comprender, con una cierta monótona resignación, que por cada una de las características que nos definen (como sub-pacientes) tenemos que aceptar que nos llamen, generalmente a gritos, desde el lugar que nos corresponde: la penumbra (83). Se trata de un auto-concepto que simplifica las cualidades de las protagonistas y las posiciona en el último peldaño de la jerarquía corporal del recinto hospitalario.

3. El saber científico: patología de los cuerpos

El nacimiento de las protagonistas coincide con el afán por el conocimiento científico y la propagación de una política higienista sobre las enfermedades hospitalarias. Así Hija señala:

recuerdo (...) cuando se desencadenó una impresionante manía hospitalaria fundada en la pasión por acatar los síntomas más oprobiosos de las enfermedades. Las costumbres de ensalzar y hasta glorificar las enfermedades (como parte de una tarea científica) marcó el clímax de la medicina y coincidió con nuestro precario nacimiento” (Eltit, *Impuesto 10*)

Lo que describe Hija es una ciencia médica, que, en concordancia con la historia chilena del siglo XX, se crea consecuentemente sobre las enfermedades, las patologías y tratamientos quirúrgicos, interviniendo sobre la fisiología de los cuerpos. Una ciencia que, retomando a Durán, irrumpe en los ámbitos públicos y privados de los cuerpos femeninos, en sus gestos cotidianos, en sus los lazos sanguíneos, con la finalidad de clasificar a quienes

³⁷ Relación con los pueblos autóctonos del sur, exportados como producto de consumo estético.

están aptos y quiénes no para ser partícipes de la nación. Eltit expresa acerca de la metáfora medica en *Impuesto a la Carne*, se basa en una crítica a lo que identifica como fragmentaria:

Estamos en una etapa cada vez más biológica donde el sujeto y sus órganos se están separando. Pero también hay un trabajo intenso de una medicina que no tiene ya fronteras; que se piensa y se trabaja a sí misma de una manera que no necesariamente está ligada a la idea del sujeto [...] Si el cuerpo ha sido uno de mis intereses, este cuerpo del siglo XXI, este cuerpo más bifurcado, volvió a ser urgente (Eltit, *Rélicas* 226).

En este sentido, la autoridad médica del recinto hospitalario encarna el derecho absoluto de disponer de los cuerpos de quienes han buscado cura a su enfermedad. Sin embargo, son arquetipos masculinos, que, a pesar de resguardarse bajo el signo del progreso científico, se revelan inútiles para establecer el bienestar corporal y con ello, promover la cura de las enfermedades hospitalarias:

“mi madre casi se desangra por la patología viciosa de ese médico incapaz, pero al final de un cúmulo de errores consiguió salvar (en un nivel demasiado básico) el funcionamiento de nuestras vidas (Eltit, *Impuesto* 21).

Como se evidencia en el fragmento, Eltit presenta cuerpos médicos a partir de una praxis “demasiado autoritario, militar, un gesto terrible” (*Impuesto* 73). Esta acción radicaliza la enfermedad orgánica y consolidan la sugestión femenina en función de “incrementar cada uno de sus bienes” (Eltit, *Impuesto* 50) personales. Así lo manifiesta la hija:

nos usaron (...) nos operaron para dilatar o diluir o evadir la magnitud de los problemas. Nos operaron como simple ornamento médico. A pesar de los tajos no pudimos decirnos nada de nuestros órganos y ahora no sabemos cómo soportar el dolor que nos provocan las extensas e inhumanas heridas que nos produjeron (Eltit, *Impuesto* 147).

En efecto, se trata de una serie de acciones médicas que están encaminadas a establecer o perpetuar relaciones de violencia corporal con el fin de obtener un bien de consumo corporal. En este sentido, madre e hija, por una parte, sobrellevan en sus propios signos vitales una violencia ejercida por el cuerpo médico. Pero también, se convierten en observadoras de los “los recambios que se producen a una velocidad aguda y sospechosa” (Eltit, *Impuesto* 168) sobre los cuerpos femeninos. Así frente a este escenario, madre e hija se convierten en “las espectadoras de la muerte (...) que el territorio, la patria o el país nos endosó” (Eltit, *Impuesto* 180). Es decir, testigos de la expiación de los cuerpos enfermos, quienes no soportan las experimentaciones médicas.

Ahora bien, es interesante vislumbrar al padre de una de las primas de las protagonistas, quien realizó intervenciones a su propia hija, convirtiendo a esta en “el botín” que nunca dudó en operar dentro del marco del progreso y la excelencia médica:

“su padre, un médico de renombre, la había operado en innumerables ocasiones, le había sacado una cantidad alucinante de órganos hasta dejarla casi vacía. Era prácticamente una cáscara, solo contaba con sus partes vitales, porque su padre, un médico ambicioso quería abrirse paso en el programa médico dudado en saquear el cuerpo de sus hijas (Eltit, *Impuesto* 97)

Aquí la caracterización del padre/médico nos remite a la despersonalización de la enfermedad y su ahínco en la experimentación medicinal. Este progreso medicinal como señala Durán comienza a dejar de lado el cuerpo y su historia, su medio social, para considerar como objeto de estudio reduciéndolo al paciente en un mecanismo corporal (54). En virtud de lo anterior, tal como le ocurre a la prima, madre e hija, al interior del recinto hospitalario, se convierten en cuerpos patologizados al nacer, cosificadas, examinadas y modificadas corporalmente a partir de los intereses de la autoridad médica. Cuerpos que, según Foucault, se encuentran, por lo tanto, “bajo el efecto de una patología que le sería intrínseca” (*Vigilar y Castigar* 127), en donde se toma la vida como objeto de experimentación definiendo y redefiniendo los procesos vitales, su extensión, su campo de aplicabilidad y sus límites. Así lo manifiesta la hija:

nacimos para que alguien llegue y nos invada la vena y nos informe que nuestra sangre, está plagada de químicos, de bacterias de una cantidad innumerable de organismos que todavía no terminan de catalogar (Eltit, *Impuesto* 124).

En estos términos, madre e hija son cuerpos expuestos al establecimiento de un equilibrio homeostático y a una concepción vitalista que se pone al servicio de una racionalidad utilitaria. Racionalidad que según Pastor “cierra los ojos a los interrogantes abiertos por la medicalización abusiva” (20). La vida corporal en estas condiciones es “un concepto polémico, la vida es polaridad” (Lemke 31).

La patologización de los cuerpos de las protagonistas conlleva una alteración tanto en el plano fisiológico y psíquico. En el plano fisiológico, para ambas, la respiración es una hazaña intolerable que les permite seguir viviendo precariamente. Así lo señala la hija:

“yo no puedo negar las interferencias biológicas que me ocasionan sobresaltos en la tráquea, el esófago, la faringe y mis bronquios, y, desde luego, entorpecen a la conflictiva cavidad de los pulmones que tengo” (Eltit, *Impuesto* 32).

Junto con ello, la madre se va simplificando en tamaño, hasta interiorizarse en el cuerpo de su hija: “mi madre pequeña, pequeña yace dentro mi pecho y me da una lástima infinita la calidad de su respiración” (32). Se trata de una imagen transgresora que en términos de Mendizábal se constituye como una expresión del conflicto, en cuanto “cuerpo en binidad” que “comparten el mismo dolor y designio” (17-18).

La patologización en el plano psíquico se expresa en el deterioro mental de las protagonistas bajo el signo de la demencia senil. A medida que va avanzando la trama, el clima del hospital va carcomiendo la memoria de la madre y con ello, se va asimilando el progreso científico del cuerpo. Esto mediante la idealización de la autoridad médica que crea una matriz imaginaria, que en términos de Lacan “constituye una línea de ficción que desde el principio se encuentra enajenada, y que se aproxima a una verdad especulativa, única e indisociable” (En González 43). En este sentido, es principalmente la madre, quien genera una malformación de las acciones hospitalarias, y hace que los médicos comienzan a

vislumbrarse a partir de una admiración injustificada, ficticia e inconsecuente con respecto a los atentados corporales que ha vivenciado la madre:

Mi madre (...) empieza a evocar a los médicos y los adorna con virtudes que nunca tuvieron. Los recuerda por orden alfabético o cronológico o bien los agrupa por edades o características físicas, pero en cada una de sus fórmulas ella cae en terribles idealizaciones que nadie podría aceptar porque incluye a aquellos que la trataron tan duramente” (Eltit, *Impuesto* 53)

Desde esta perspectiva, la madre connota una unidad corporal que no puede atribuir a la percepción de su propio cuerpo patologizado. En este sentido, en términos lacanianos se trata de una matriz situada necesariamente en la relación con el otro, y que va a guiar todos los efectos que se observan a nivel imaginario (En González 55). Imaginario que instala como una auto-aprobación para corromper la fragilidad de las protagonistas y todo aquel cuerpo marginado dentro de la historia oficial implantada por la estructura política del hospital.

VI. Segundo capítulo. Formas de resistencia en *Impuesto a la Carne*: hacia una biopolítica de lo materno

Para Foucault y De Certeau, el espacio social o habitado es el resultado de un conflicto permanente entre poder y resistencia al poder, un producto de las operaciones que lo orientan, temporalizan, sitúan y lo hacen funcionar. En cada una de estas operaciones, actúa una fuerza dominante y disciplinaria, y otra que se le contrapone. Para Foucault el espacio es la expresión de la disciplina y el ejercicio de una microfísica del poder. En esta vía teórica De Certeau inscribe una continuación reflexiva, para este autor es posible que el poder sea subvertido y alterado en su significado por las prácticas cotidianas de aquellos que lo habitan.

De hecho, De Certeau plantea que los mismos “sistemas impuestos constituyen la resistencia a la ley histórica” (22) a través de la invención. Así pone como ejemplo, la táctica de los indígenas de América Latina, que siendo sometidos a una cristianización forzada por el colonizador español, llevaron a cabo una transformación al hacer funcionar sus leyes y sus representaciones "bajo otro registro", en el marco de su propia tradición (38). Desde esta perspectiva, se entiende que toda resistencia, por mínima que sea, da la posibilidad de crear nociones de libertad en contra de la estructura dominante, en este caso el recinto hospitalario. Allí donde el cuerpo médico, las enfermeras y las fans, ven la disciplina y la uniformidad de los mecanismos de dominación; surge un espacio donde unos cuerpos femeninos resisten. Ya no se trata solo de pensar en la productividad del poder, del ejercicio de dominación del cuerpo médico, sino en la productividad de la resistencia que movilizan las protagonistas. A partir de lo anterior, el objetivo de este capítulo es identificar las formas de resistencia del cuerpo de las protagonistas frente a la colonización patriarcal del recinto hospitalario.

En *Impuesto a la carne*, la resistencia nace del asidero de la psiquis desgastada de la hija, quien ha sufrido la “suma de exámenes y la precipitación farmacéutica” (Eltit, *Impuesto* 78) en su cuerpo³⁸. Es en sus pensamientos, donde surge el cuestionamiento por la

³⁸ Se entiende que esta “gran mutual de la sangre” es minoritaria, solo involucra a Madre e hija, pero tiene repercusiones simbólicas y abarcadoras. Para Deleuze, una minoría acaba por ser mayoría no cuando crece

sobrevivencia y las formas de resistir teniendo siempre en su interior a su madre. Estas resistencias son pensadas y analizadas conscientemente por la hija, llegando a preguntarse:

“cuáles estrategias podían salvarnos la vida, cómo sobrevivir a los castigos de la patria o del país, cómo resistir una historia que nos ocupaba que nos mataba, cómo continuar luchando por sostener unas vidas” (Eltit, *Impuesto* 104).

Esta serie de interrogantes que denotan un ímpetu por seguir existiendo desde un espacio estratégico en el territorio hospitalario. Dicho espacio, es la comuna maternal. En palabras de la hija “solo en la comuna radica la posibilidad de poner en marcha la primera gran mutual del cuerpo, y después, con una esmerada precisión, organizaríamos la gran mutual de la sangre” (Eltit, *Impuesto* 182). Se trata de la configuración de un submundo utópico al interior del recinto hospitalario que le es propio a las protagonistas por medio de la unión indisoluble de sus cuerpos.

Ahora bien, para lograr instalar una comuna corporal dentro del recinto hospitalario, en la praxis concreta, madre e hija deben resistir; organizarse, generar estrategias, métodos u operaciones para contrarrestar los mecanismos de dominación que impone la estructura política del recinto hospitalario, la cual ha logrado perpetuarse a través de doscientos años. Es en este afán por resistir donde se condensa un nuevo tratamiento del poder, que se define, en términos de lo que Carol Arcos ha descrito como un *biopoder* de lo materno. Es decir, “un terreno de resistencia y simbolismo, en cuyo seno cuestiona la subordinación del cuerpo y los procesos de subjetivización unitario y definitivo” (57). Este biopoder, en la *Impuesto a la carne* se establece desde la intimidad y la complicidad de las protagonistas y a la vez; instala un nuevo código lingüístico que se contrapone a la palabra política del cuerpo médico.

Por medio del biopoder de lo materno, madre e hija construyen física y psicológicamente un nuevo orden de vida común, el cual se sustenta en la utopía libertaria del cuerpo femenino bajo el amparo de un testimonio corporal alternativo a la historia institucional. Dice la madre “este hueco histórico es mío y tuyo” (101). Con dicho

en cantidad (de adeptos, de militantes, simpatizantes, o lo que sea), sino cuando quiere asumir un modelo para ella, seguir una directriz determinada, homogeneizarse (170).

enunciado, se sentencia una franja de protección que supone el primer paso para empezar la comuna del cuerpo. Espacio que, para las protagonistas, finalmente resulta “un techo desde donde podemos vigilar y cuidar nuestra renovada sociedad de resistencia (Eltit, *Impuesto* 167). Todo ello con el fin de sobrevivir a las fisuras de “una organización administrativa que resultó absurda, y más aún, efímera” (Eltit, *Impuesto* 181). Es decir, conformar un nuevo espacio nacional-maternal-corporal que se opone a la organización patriarcal de los “padres fundadores” que no pudieron concretar las utopías liberatorias del siglo XIX y le cerraron las puertas a las mujeres³⁹. Utopías que quedaron en las intenciones para devenir en una estructura política autoritaria y jerarquizada, que infligió opresión sobre una multiplicidad de cuerpos que no adscribían a una normativa social y racial⁴⁰ regulada por la dominación masculina⁴¹.

1. El vínculo materno

Eltit en *Impuesto a la carne* traza una maternidad en movimiento cuya historia personal y cuyo sentido se crea conforme el contexto de existencia de las protagonistas y la categoría histórica de la modernidad. Una categoría, que como se ha evidenciado en el primer capítulo, bajo el amparo del progreso científico y medicinal, no queda exento de problemáticas en torno a los usos y fines de la medicalización sistemática por parte de los Estados latinoamericanos. Es en estos discursos higienistas y eugenésicos donde el cuerpo se ve relegado a un disciplinamiento en torno a las leyes biológicas de reproductividad como acto natural, atemporal y universal al interior de las instituciones hospitalarias.

³⁹ Las utopías libertarias, según Subercaseaux son aquellas que nacen en el siglo XIX con el fin de crear nuevas patrias bajo ideales en torno al derecho natural y la libertad humana. Nociones que asentaron las bases del proceso emancipatorio latinoamericano, pero de todas formas no tuvo su realización en los cambios estructurales de las nuevas naciones independizadas (15)

⁴⁰ La normativa social y racial fue una invención emocional de inicios de la fundación nacional, y como tal obedeció a una lógica y a una racionalidad distinta a la científica, más próxima a las zonas oscuras y misteriosas del nacionalismo y la religión que a la del conocimiento racional y empírico. Desde este punto de vista su verdad no dependió de un referente objetivo sino de la emocionalidad patriótica y altruista (Subercaseaux 2).

⁴¹ Una administración que, según Iván Mendizábal, Eltit excluye la historia de los otros, de los subalternos, y celebra sobre sus ruinas, exhibiéndolos como cuerpos peligrosos y “felizmente” desaparecidos. Según Mendizábal, Eltit todavía se refiere a la patria como una comunidad utópica, enferma por los efectos neoliberales (23).

Desde este modo, no es la madre quién hace nacer a la hija, sino es la propia intervención del cuerpo médico, su autoproclamación en el saber, la que regula la reproducción y el nacimiento tanto de la madre como de la hija:

Nuestro nacimiento fue difícil, y aún más, engorroso. No nos quedaba sino nacer porque así lo había dictaminado el médico (...) el médico con su presencia, su traje, su mirada médica y su cuerpo médico, hizo lo imposible para provocar nuestro nacimiento (Eltit, *Impuesto* 25).

Aquí, retomando la tesis de Durán, los médicos demuestran un intransigente derecho a controlar el cuerpo de la mujer, impidiéndole la participación igualitaria respecto decisiones relativas a su salud y reproducción. Forzadas a nacer, madre e hija se cuestionan los actos realizados por el médico fundador: “¿Por qué lo hizo? ¿Por qué auspiciar el nacimiento de dos mujeres bajas que él consideró feas y aterradoramente comunes?” (Eltit, *Impuesto* 25). Preguntas que tienen su asidero dentro de una ontología existencialista del ser, pero que, a la vez, tratan de problematizar la dimensión epistemológica del conocimiento científico, el objeto de estudio y la relación que mantiene el médico con el cuerpo de la mujer. Sobre esto último, más adelante sentencian las protagonistas: “el médico primero o el médico fundador (...) quiso que nacióramos (...) para favorecerse de sí mismo e imponer antes que nada su presencia médica en nosotras” (Eltit, *Impuesto* 25).

Desde esta perspectiva, la dominación masculina al interior del recinto hospitalario concibe la maternidad como un mapa de oposiciones y roles de índole político, en donde, se construyen las diferencias sexuales y genéricas en un sistema de exclusión sobre el cuerpo femenino (Bourdieu 22). Así madre e hija se ven “confinadas al peor lugar del hospital” (Eltit, *Impuesto* 81). Un principio que desde el nacimiento de ambas “...crea, organiza, expresa y dirige el deseo masculino como deseo de posesión, como dominación erotizada” (Bourdieu 28), y el deseo femenino como deseo de la dominación subordinado a lo sexual, y más aún, como reconocimiento sexuado de la dominación.

Cuando la hija nace, la madre destaca la intervención realizada a su cuerpo como un quiebre de su libertad reproductiva tanto de ella como de su hija: “se apoderó de nuestros órganos, lo miró despectivo o no lo miró, sino que se abocó a la estructura de sus genitales”

(Eltit, *Impuesto* 13). Para las protagonistas, esta intervención enfocada en los órganos genitales marca el inicio de una historia nacional hospitalaria que se apropia del destino reproductivo de sus cuerpos: “mi pobre mamá se sentía morir molecularmente y ese médico provisto de todo su poderoso instrumental le arruinó el peregrinaje ambiguo del presente y toda la esperanza que había puesto en su futuro (Eltit, *Impuesto* 13). La acción quirúrgica que realiza el médico (fundador) traslada el parto al umbral de una maternidad autoimpuesta y auto-exigida por el aparato represivo y productivo del recinto hospitalario:

“el médico le realizó una terrible intervención mientras le ordenaba: no grite no grite, no grite, cálese ahora mismo (...) en esas horas tétricas para nosotras, mi madre me dijo que el médico cuando supo que iba a sobrevivir me miró (por primera vez) como si yo fuera una producción de la medicina, un simple y prescindible insumo de una basura médica. Me observó con una indiferencia infame. Después me midió, me pesó y me hizo una incursión antropométrica” (Eltit, *Impuesto* 13)

En este sentido, al contrario de lo que parece ser un procedimiento de parto clínico ya instalado al interior de las prácticas hospitalarias al principio del siglo XX⁴², se representa a este más bien como un proceso en donde el cuerpo pasa a ser objeto de análisis de la medicina bajo fines utilitaristas. Aquí la hija transformada en insumo pasa a ser concebida como una mercancía vacía de contenido histórico, reemplazable y desechable para el recinto hospitalario.

Ahora bien, este procedimiento de parto no nace de la pasividad médica, sino más bien a partir de una brutalidad médica que inflige los tejidos corporales de la madre: “Y mi mamá, medio muerta por la hemorragia, se entregó a su desangramiento” (Eltit, *Impuesto* 13). Una brutalidad que se avala y se justifica, ya que cree encontrar los elementos de

⁴² Según Durán “A mediados del siglo XX, los partos comienzan a ser atendidos en los hospitales, con el fin de disminuir las muertes maternas y neonatales resultantes de los partos patológicos (no más del 20%). Esto fue considerado un progreso, ya que efectivamente dichas muertes disminuyeron; pero a la vez, significó la incorporación a los hospitales, regidos por los conceptos de personas enfermas, de una enorme mayoría de mujeres y recién nacidos sanos. Éstas ingresaban en los hospitales para el parto, separadas de sus familias, en ambientes intimidantes, con horarios restringidos de visitas, con recién nacidos colocados detrás de vidrios aislantes y recibían, en general, un trato despersonalizado, desvalorizante y poco afectuoso (88)

oposición como principio de universalidad. Así el dominador (médico) “Se abalanzó artero para ensañarse con ella de un modo tan salvaje que en vez de examinarla la desgarró hasta causarle un daño irreparable” (Eltit, *Impuesto* 13). En cambio, las protagonistas solo pueden sufrir los efectos de tales acciones desde la sumisión y la complicidad del dolor: “Dejamos de dormir. Fuimos insomnes crónicas porque aprendimos a llorar juntas todas las noches (...) llorando juntas porque mi mamá tuvo que lidiar con una pétérea, desafortunada historia que se puso de antemano en contra de nosotras” (Eltit, *Impuesto* 12).

Aquí la maternidad se convierte en el efecto de un trauma, la secuela que contribuyó a consolidar la sugestión del cuerpo femenino de la madre al interior del recinto hospitalario. Sin embargo, a pesar de este escenario conflictivo, madre e hija transforman el orden dominante y orientan la maternidad bajo otro registro. De esta forma, la maternidad subvierte su sentido opresivo y disciplinador sobre el cuerpo femenino hacia un espacio de resistencia. Es en términos De Certeau, una subversión que no se materializa mediante el rechazo o el cambio, sino mediante la forma de conceptualizar las referencias ajenas al sistema del cual madre e hija no pueden huir (39).

Desde esta perspectiva, a pesar de la soledad e individualidad que invade la existencia de las protagonistas al interior del recinto hospitalario, subyace en el seno de la maternidad un motivo por el otro bajo el deseo de la protección recíproca: “mi madre iba a protegerme y protegerse de un modo intenso porque solo cabía yo en el mundo” (Eltit, *Impuesto* 55). De este modo, madre e hija se convierten en “órganos dependientes” (Eltit, *Impuesto* 55), es decir, cuerpos que se necesitan mutuamente para conjugar una fuerza antagónica en función de su propia sobrevivencia corporal. Así, pesar de estar inmersas en un espacio hostil construyen un vínculo que les permite coexistir dentro de un sistema de dominación que las oprime externamente a partir de las continuas extracciones de sangre y órganos, los cíclicos controles de las funciones vitales y las transformaciones médicas en torno a la fisiología corporal.

Ahora bien, ¿de qué forma se manifiesta este vínculo materno? Por un lado, Madre-hija crean una imagen amorfa para defenderse del contexto histórico y la estructura política que se ha instalado en el recinto hospitalario: “mi madre ya se acomodó en mí, encontró su espacio definitivo en mi interior hasta convertirse en uno de mis órganos vitales” (Eltit, *Impuesto* 185). Se trata de una representación corporal binaria, que consigue quebrar la

integridad del yo individualizado hasta llegar al estadio funcional del sujeto abyecto⁴³. Una corporalidad amorfa que no se reduce a la inteligibilidad de las normas dominantes, las cuales propagan la desvinculación y enajenación de los cuerpos. En contraste, madre-hija trascienden a la unidad, la hija contiene a la madre al mismo tiempo que la madre condiciona a la hija para vivir dentro de ella: “ella siempre ha vivido dentro de mi agarrada con todas sus fuerzas a mis costillas. En la enfermedad, en cada tramo orgánico, en cualquier matiz biológica, mi madre tuvo la fortaleza de cargar conmigo” (Eltit, *Impuesto* 95) Esta anomalía corporal, por tanto, las convierten en un único cuerpo indivisible e inquebrantable que se mantiene intacto frente a las múltiples operaciones del cuerpo médico.

Por otra parte, este vínculo de reciprocidad maternal traspasa las fronteras fisiológicas hasta la psiquis de las protagonistas, creando un nuevo canal de comunicación corporal. Es la voz en cautiverio, la comunicación corporal⁴⁴ la que contribuye a la biopolítica de lo maternidad como una expresión de resistencia: “nuestra operación simétrica o simultánea se transformó en un signo y hasta en un emblema” (Eltit, *Impuesto* 147). Este es un habla distinto, gestual, anterior a la dominación en términos de Julieta Kristeva⁴⁵. Un habla que se escabulle del registro masculino y que a la vez, se internaliza en la correspondencia entre madre e hija: “Mi mamá me ordena que hable despacio. Me dice: habla de acuerdo al porte de tu cama, habla angosto, lento, incómodo, habla anémico para salir de esta sala” (Eltit, *Impuesto* 181). Aquí cada parte constitutiva del cuerpo colabora en

⁴³ Madre e hija conforma una expresión de lo abyecto, que atraviesan el umbral entre el interior y el exterior del cuerpo. Según Kristeva la abyección separa al sujeto de aquello que lo amenaza —al contrario, lo denuncia en continuo peligro” (18). Esta abyección entre madre e hija se ubicaría en ese borde ambiguo y mixto que separa al sujeto de aquello que lo amenaza “la abyección misma es un mixto de juicio y de afecto, de condena y de efusión, de signos y de pulsiones (...) La abyección conserva aquella noche donde se pierde el contorno de la cosa significada, y donde sólo actúa el efecto imponderable (Kristeva 18).

⁴⁴ En la modernidad predomina la palabra escrita y verbal, en contraste con los significantes corporales. Los movimientos corporales, comprendido como “una forma de interacción silenciosa, espontánea, sincera. En este sentido, Cabana señala que la comunicación corporal que “constituyen una forma de declaración silenciosa que tiene por objeto dar a conocer nuestras verdaderas intenciones a través de nuestras actitudes”, verdades que son “pulsiones, emociones y sentimientos” (6).

⁴⁵ Kristeva manifiesta que el lenguaje verbal, inculcado por la cultura masculina, genera nociones de poder que remiten a la figura paterna; al asesinato del padre y a la institución del interdicto simbólico. Esto quiere decir que para cada ser humano la función paterna o la función de autoridad se encuentra dada en nuestra aptitud para el lenguaje: las normas de los lenguajes, sus demarcaciones disciplinarias, sus referencias formalizadas desde las institucionalidades del poder, desde las categorizaciones genéricas hasta las leyes de la gramática y el uso de figuras y retóricas codificadas para los distintos tipos de discursos, estarían dando cuenta de esta relación con la autoridad a que nos somete el uso del lenguaje (Saletti-Cuesta 179-181)

una comunicación de complicidad, las rodillas hablan, los pulmones hablan y las manos hablan. Estas últimas, entrecruzan un compromiso que fortalece las escasas fuerzas de las protagonistas al interior del recinto hospitalario:

Nosotras siempre estamos tomadas de la mano, mi madre y yo, porque de esa manera nos sumamos como pacientes, hacemos crecer nuestros organismos y potenciamos nuestras escasas fuerzas, tan pocas fuerzas que tenemos mi madre y yo, pero aun así las unimos y nos multiplicamos ante los médicos que les exigen más a sus enfermeras (Eltit, *Impuesto* 79)

Mientras que la palabra masculina censura la comunicación de las protagonistas y la torna contra sus propios cuerpos, el gesto corporal de las protagonistas instauro un canal de comunicación más íntimo. Dentro de esta intimidad cerrada sobre sí misma, las protagonistas comprenden que es en el lenguaje masculino, un lenguaje medicinal y autoritario, donde se origina la hostilidad y el conflicto entre ellas⁴⁶. De esta forma, cuando madre e hija articulan la palabra política de los médicos a la espera de un veredicto medicinal se extrapola un comportamiento violento que trata de romper el vínculo materno entre las protagonistas. Nos narra la hija en un pasaje de la trama: “el dramatismo lírico de su tono consiguió perforar un tercio de mi cabeza (...) su grito resonó y se expandió por el canal más sensible e hysterizado de mi oído” (Eltit, *Impuesto* 141). En este sentido, la palabra hablada duele, hace daño, distancia la complicidad entre madre e hija, la invierte y en su inversión establece una relación tóxica que colabora a la estructura dominante.

La palabra política, la palabra hablada que genera violencia y distanciamiento aparece más tarde en varias ocasiones dentro de la trama. Así, por ejemplo, al interior de una sala de espera, la hija señala “gritos que alarmaban a los incontables vecinos que

⁴⁶ La tesis de Tzvetan Todorov en *La conquista de América. El problema del otro* señala que en el caso de Colón como también en los conquistadores españoles, se asumió la diferencia del Otro como signo de ausencia, y por tanto de inferioridad cultural. Todorov afirma preguntándose: ¿acaso este proceso de adaptación enraizado en un sentimiento de superioridad no nos demuestra que los españoles derrotaron a los aztecas a través de los signos, o mejor dicho, a través de la comunicación de dichos signos, más que a través de las armas y las enfermedades? (61-62). El mismo tratamiento puede ser interpretado en la novela de Diamela Eltit. La dominación masculina, su colonización sobre el cuerpo femenino, se instala por el triunfo de un lenguaje de carácter patriarcal, autoritario y científico.

tuvimos (...) mi mamá me decía fríamente (...) grita una vez más y te mato, te lo juro. O no te lo juro, te mato porque me estas obligando, sí, a matarte, perra estúpida” (Eltit, *Impuesto* 175). Aquí una conducta verbal atenta a la emocionalidad de las protagonistas al fin de producir intimidación, desvaloración, sentimientos de culpa. Se trata de poner en práctica un signo de poder con connotaciones violentas que desmantela las vías de resistencia al interior del recinto hospitalario. Más adelante señala la hija: “tengo que callarme, abandonar la curva del deterioro materno, dejar de lado los contornos degradados que rigen el final de nuestras vidas” (Eltit, *Impuesto* 186). Aquí, la curva del deterioro maternal no es más que la fenomenología violenta del lenguaje masculino que impregna los cuerpos de las protagonistas y los enferma.

Frente a estas situaciones, madre e hija comprenden, que, para resistir, deben negar y clausurar la palabra hablada: “No digas nada, me dijo mi madre, cierra la boca ¿entendiste? Yo dije lo mismo, que cerrada su boca. Comprendimos que si hablábamos nos enfrentaríamos a una verdad” (Eltit, *Impuesto* 145) Frente a la exigencia del silencio, el nuevo signo corporal, anclado en el biopoder de lo materno, diluye y complementa los cuerpos de las protagonistas bajo un lenguaje interno, en fuga, que se extiende estridentemente por los tejidos corporales de la protagonista:

mi madre en el oído resuena en mi cráneo, sale por uno de mis orificios de la nariz (...) mi madre ingresa en mi sistema nervioso y me convierte en una verdadera catástrofe ante los ojos de los pobres operados que me observan remecidas por una agitación incontrolable uuuuuuuuuu ululan las pobres operadas, organizando la jauría más solitaria y la más veraz, la jauría del hambre y el abandono” (Eltit, *Impuesto* 183)

En este sentido, un lenguaje que nace de una energía interna que resiste y continúa resistiendo al interior del recinto hospitalario y que desafía a la jerarquía social del recinto para no consagrar tanto a la madre como a la hija a una soga “en la misma y definitiva pose” (Eltit, *Impuesto* 57). Es decir, a una muerte auto-infligida que anula y destruye las

energías por seguir resistiendo, pues se entiende se ha llegado a una condición de no-ser, de no existir al interior del recinto hospitalario⁴⁷.

2. El testimonio maternal

El cuerpo amorfo de las protagonistas mediante el vínculo materno flota a la deriva en el espacio y tiempo, confunde pasado y presente, revive acontecimientos que socaban la verosimilitud de la patria o nación o hospital. El mundo fenoménico y normal, se vuelve virtualmente inaccesible para ambas; es una realidad segmentada por un testimonio corporal ya desgastado por el transcurso del tiempo. Un tiempo que según la hija “puede leerse desde nuestros órganos (...) o bien pueden entenderse estos ¿cuántos? ¿Doscientos años?, desde un análisis muy somero al cuerpo bicentenario de mi madre” (Eltit, *Impuesto* 95)

De esta forma, en *Impuesto a la carne*, se necesita de un *testimonio corporal* para reafirmar el vínculo maternal como forma de resistencia biopolítica⁴⁸, en donde el recuerdo, introspección histórica dan paso a un sentido de existencia y sobrevivencia en las protagonistas, en un entorno de enfermedad y muerte. De ahí que se hace necesario resignificar en sus signos corporales las intransigencias médicas y las vivencias al interior del recinto hospitalaria para no perecer en el olvido de las salas de consulta médica.

No obstante, estos recuerdos no garantizan la predominancia de un discurso coherente, sensato y prudente al interior del recinto hospitalario, pues se asume que la memoria ya atrofiada de las protagonistas no genera necesariamente esquemas coherentes y ordenados de sus vivencias, sino más bien, crean huellas que son sometidas a un proceso de re-interpretación.

⁴⁷ Freud, afirma que, La muerte no es para el sujeto un desenlace normal y natural, por más que sepa que se trata de una "ley de la vida". Psicológicamente se constata una "paradojal actitud de negación ante la muerte del ser humano ... la paradoja se constituye como la imposibilidad de aceptar nuestra muerte en nuestro inconsciente, a pesar de que nuestro aparato perceptivo nos informa continuamente de la absoluta realidad e inevitabilidad del suceso" (En Jordán 22)

⁴⁸ El testimonio corporal tiene relación con las aproximaciones teóricas de la literatura testimonial como genero memorial de carácter ficticio. En la trama de la novela, madre e hija no pueden generar un registro escritural de sus vivencias, este testimonio según el sociólogo Orlando Fals surge de “aquellas circunstancias en las que no hay documentación escrita ni fuentes secundarias accesibles; con el fin de rescatar la historia olvidada o prohibida” (14).

De esta forma, un conjunto de datos históricos es manifestados de forma azarosa por las protagonistas en sus divergencias mentales:

aquí estamos, acostadas en las camas, tensas en las camas, huesudas en las camas (...) me olvido demasiado rápido de las historias y mi madre, que no las entiende del todo, me obliga a repetir cada una de las muertes y quiere que yo reproduzca los síntomas, las convulsiones, los vómitos y cada detalle fónico de los estertores” (Eltit, *Impuesto* 180)

Mediante esta insistencia de la madre por recordar y reproducir las historias, síntomas y una serie de experimentaciones médicas la rearticulación de la memoria traza un horizonte que va más allá de un testimonio maternal de lo biográfico. Así estas historias comienzan a formar parte de un intersticio histórico sobre los cuerpos excluidos y quebrantados. En otras palabras, madre e hija no solo remiten a una experiencia aislada donde convergen mecanismos de dominación y prácticas aisladas de resistencia, sino que, a la vez, construyen una historia que resignifica a los cuerpos marginado que inscriben en su propio cuerpo las múltiples experimentaciones médicas:

voy a completar esta tarea necesaria para adquirir fortaleza y hasta una partícula de influencia. Entraré en mi cuerpo como en un libro para transformarlo en memoria. Quiero preparar mi cuerpo para convertirlo en una crónica urgente y desesperada (Eltit, *Impuesto* 162)

En este fragmento, la promesa del libro transformado en memoria condensa todas las voces de quienes proclaman una alternativa a la imagen autoritaria de la nación médica. Se trata de una urgencia por hacer memoria a partir de la manifestación de ciertos episodios ocultos del pasado que incurren al interior del recinto hospitalario. Una variante que penetra en las fisuras del discurso oficialista que glorifica *la patria o la nación o el hospital* y que permite resguardar a las protagonistas:

Nos proponemos un tiempo colmado de datos inciertos, o definitivamente silenciados. Queremos resumir, repensar, repeler ciertas versiones inapropiadas. Somos testigos de una cantidad tan significativa de años que podríamos oficiar como las más confiables historiadoras inorgánicas de nuestro extenso mundo (Eltit, *Impuesto* 33)

En este pasaje, madre e hija buscan una verdad distinta a la oficial, un biopoder de lo materno que reinterprete la historia y, que además conceda una oportunidad a todas aquellas mujeres de la historia que fueron juzgadas indebidamente, cayendo así en el olvido o en la historia institucional de las naciones latinoamericanas. Un testimonio en donde el cuerpo se hace testigo y trata de re-escribir una historia negada y silenciada por el orden masculino. La contra-historia de dos mujeres encasilladas dentro de las paredes de un hospital que buscan difundir sus propias memorias corporales:

tenemos la obligación histórica de redactar las memorias de la angustia y el desvalor. Unas memorias que serán escritas a lo largo de los próximos doscientos años con el esmero de los antiguos calígrafos que dejaron su sangre en la letra. Vamos a escribir pausadamente los hechos que conocemos para dejar por escrito su importancia y su existencia. Voy a escribir con la voz de mi madre clavada en mis riñones o prendida a mi pulmón más competente. Voy a escribir la memoria del desvalor (Eltit, *Impuesto* 19).

Sin embargo, frente a ese deseo de querer escribir, Madre e hija nunca logran escribir su testimonio de forma explícita, sino más bien, crean un testimonio que roza los márgenes y se instala en los umbrales de una palabra disidente que re-escribe y re-presenta el escenario nacional. Es una palabra nunca pronunciada⁴⁹, pero que se posiciona desde los propios límites del cuerpo bajo sus significados semióticos “mi madre y yo tenemos mentes de archiveras (...) escondemos esa condición en los pliegues que envuelven nuestra senilidad (Eltit, *Impuesto* 63). Se trata de una modalidad de hacer testimonio a partir de la

⁴⁹ Se entiende por palabra nunca pronunciada aquella intención de las protagonistas por entregar un testimonio a la humanidad, pero dado el transcurso de la trama, nunca pudieron manifestarlo públicamente a la patria hospitalaria y su conglomerado de cuerpos enfermos.

presencia viva, en donde fruto de la materialidad de sus cuerpos bicentenarios, madre e hija consiguen crear un nuevo archivo histórico al interior de sus pliegues corporales. Pliegues que representan el testimonio real y concreto de las intervenciones realizadas a las protagonistas y a una multitud de cuerpos enfermos en el transcurso de doscientos años.

3. Maternidad y rebeldía

Madre e hija además de protegerse a partir del vínculo de la maternidad y propagar un testimonio alternativo al discurso oficial de la historia chilena, representan “una escalofriante simetría (...) rebeldes, unidas, curvadas, teatrales” (Eltit, *Impuesto* 11). En el hospital como escenario sus cuerpos que se nutren de los ideales libertarios:

nos intoxicaron la cabeza, nos intoxicaron los hombros incluso los dedos de los pies, pero nosotras incitamos a nuestros órganos a una posición anarquista y así conseguimos imprimirles una dirección más radical a nuestros cuerpos” (Eltit, *Impuesto* 15)⁵⁰.

Una condición maternal que a veces tiende a concebirse desde el radicalismo de la violencia⁵¹: “creo que mi madre en cualquier minuto va a hacer estallar el hospital (...) Siento que va a producir un acto inesperado para fundar la sociedad de la resistencia” (Eltit, *Impuesto* 68). Pero que se instituye a partir de una resistencia que no se ejerce de forma directa, sino más bien, tolera y sobrelleva las experimentaciones médicas: “No los afrontamos de frente” (Eltit, *Impuesto* 89). Ante esto, la hija define y distingue a su madre como una mártir⁵² que es capaz de recibir y soportar la violencia médica: “sus tobillos han

⁵⁰ Estos ideales libertarios se sustentan en la ideología anarquista, la cual busca desvincularse de los aparatos represivos del estado.

⁵¹ La noción de violencia en la concepción de la anarquía a veces es usada a menudo para definir el caos social, gobiernos inconstitucionales, pandillerismo, destrucción e incluso terrorismo. Como vemos todo tipo de adjetivo caótico y por lo general violento para definir este pensamiento. Pero definitivamente no son los anarquistas quienes utilizan la palabra “anarquía” con dichos fines, sino con otro, que es la de una sociedad totalmente libre que basa sus principios en la solidaridad, el apoyo mutuo y la autogestión.

⁵² Se entiende la figura del mártir como él que sufre respecto a un ideal que le sobrepasa: “[...] la palabra “mártir”, confiriéndole su primer y más corriente sentido, no de testimonio sino de suplicio. La palabra dirigida al otro, no la palabra pecadora sino el discurso de fe es un dolor: esto es lo que sitúa al acto de la

sido extraordinariamente fuertes soportan el rigor de los pinchazos. Ella es integra y valerosa, resiste los exámenes como ningún otro paciente” (Eltit, *Impuesto* 64). Aquí, la imagen de una madre sufriente nos remite a un cuerpo que ha sufrido suplicios físicos y mentales por parte del cuerpo médico. Un cuerpo que soporta la violencia de la autoridad médica, pero que, sin embargo, continúa resistiendo.

Ahora bien, la rebeldía materna se extiende contra el orden religioso, en cuanto éstas representan el desprecio por la autonomía de los cuerpos marginados, la esclavitud económica y el repudio del Estado como entidad que reprime la auténtica libertad económica y personal de los cuerpos enfermos al interior del recinto hospitalario. En este contexto, impugnadoras de los entes jerárquicos, Madre e hija, se sublevan ante la sociedad cuando deciden no desempeñar ningún rol estipulado para el cuerpo femenino. Se niegan a realizar labores domésticas y a tener hijos y parejas subvirtiendo la ideología patriarcal. En este sentido, si bien se trascienden prejuicios religiosos en las obsesiones de la madre al juzgar *una pesada cruz* a su hija, esta se subleva de inmediato y le prohíbe tales desatinos:

“le dije tajantemente que nunca más se atreviera a usar esa expresión religiosa que contribuía a profundizar la ignorancia del mundo que nos tenía en un estado si no crítico, al menos muy desgastado. Estuvo de acuerdo, lo consideró una falta y acaso una traición a sus propias convicciones (Eltit, *Impuesto* 112)

Una maternidad que busca negar *al padre* biológico y al *pater patriae*, donde madre-hija con el fin de clausurar el arquetipo de familia glorificado por el cuerpo médico, se niegan a suministrar hijos productores y gestores del sistema y a construir el país reclamado por el orden masculino. Y es que, madre e hija, conocen el castigo social de la dominación masculina, señala la hija: “los fans se ríen de nosotras, nos caricaturizan, nos humillan. Pero nos temen, lo sé. A mi madre y a mí. A las dos” (Eltit, *Impuesto* 69 ¿A qué temen estos cuerpos sino a la desarticulación de las propias categorías que ha establecido el cuerpo médico? ¿A caso no es la inquietud ante un saber que se apropian las protagonistas

comunicación verdadera, el acto de testimonio, en el registro de la persecución y de la victimización” (Kristeva 172).

en el recinto hospitalario que les permite vislumbrar el reverso la estructura política? Vuelve a mencionar la hija más adelante en la narrativa:

las conocemos como la palma de nuestras manos, las conocemos porque hemos sobrevivido a la inexactitud que porta la sangre y a la ineficiencia crónica de las salas. Conocemos a las enfermeras como también a sus fans. Pero las enfermeras están cerca de nosotras. En cierto modo nos pertenecen o nos necesitan o nos enferman para subsistir (Eltit, *Impuesto* 70).

De esta manera, la maternidad concede a las protagonistas de una marca distintiva dentro del recinto hospitalario. Las protagonistas instalan la distinción de un “nosotras”: “porque nosotras somos un verdadero terror de mujeres que de tanto y tanto resistir nos hemos convertido en dos espantapájaros enclavados en un campo de lava” (Eltit, *Impuesto* 156). La apelación a esta circunstancia de aislamiento crea un inusitado contrapunto con el deseo de “comunidad” de ambas protagonistas, comunidad que se transfiere analógicamente a la figuración de la unidad maternal. Aquí surge la imagen ensoñada de la comuna, concreción de un mundo nuevo y libre de las lógicas de dominación del universo hospitalario creado por Eltit:

Estamos operadas, rotas, mal cosidas de los indescritibles dolores que nos estallan, aun en medio de nuestro estado terminal o catastrófico podríamos, sí, podríamos empezar la comuna del cuerpo (Eltit, *Impuesto* 186).

La *comuna del cuerpo* es un mundo de donación con otro, un espacio común que genera identidad o la pérdida de sus confines que va más allá de los planos de dominación masculina. En concreto, madre e hija consagran a esta comuna del anhelo y la unidad de su vínculo maternal:

Mi madre es mi órgano más extraviado y el más elocuente. En la patria de mi cuerpo. En la patria de mi cuerpo o en la nación de mi cuerpo o en el territorio de mi cuerpo, mi madre por fin estableció su comuna. Se instaló una comuna en

mi rodeada de órganos que se levantan para protestar por el estado de su historia. Mis riñones alterados por la sal (el salario miserable de nuestras vidas) buscan una seña para manifestar su autonomía y dar curso a una rebelión perfectamente organizada” (Eltit, *Impuesto* 185)

Es en la comuna donde se crea un horizonte de emancipación. Un espacio habitable para las protagonistas, que se instala en el interior, en uno de sus órganos, y formula un nuevo espacio de libertad. Aquí se desprende una utopía concreta⁵³, entendida como aquella en donde se pueden expresar “los sueños de una convivencia mejor” (Bloch 22) a partir del autogobierno y la esperanza por ensayar nuevas formas de concebir la vida. En este sentido, la utopía significa para las protagonistas un ideal preexistente que puede y debe existir si se propone su realización. Es decir, como un imperativo ético, imbuido por el ideal razonable, la esperanza y en función de la plena realización de los cuerpos.

⁵³ La utopía concreta radicaliza el compromiso de los y las que luchan, les ayuda a mantenerse fieles a sus intenciones, “de lograr un encuentro real entre los hombres en el seno de una sociedad libre y sin desigualdades sociales” (Gutiérrez 317) Además, según Gutiérrez, la utopía introduce la dimensión comunal —que es donde se desarrollan, experimentan y viven principalmente las utopías concretas— a la cuestión de emancipación y liberación. El ejemplo del autogobierno local confirma esto (317).

VII. A modo de conclusión

La narrativa de Diamela Eltit ha sido caracterizada por la crítica como una producción desde y para los bordes, esto es, una escritura que se aparta de los lineamientos comerciales del mercado editorial junto con desplegar un hondo compromiso político en torno a la reivindicación de los cuerpos excluidos por las normativas sociales. Para ello, Eltit ha llevado a cabo una compleja construcción narrativa en base a una estética y representación del cuerpo, deteniéndose en éste como una “zona, mapa, territorio sobre el cual se pueden ejercer las más crueles experiencias de poder” (Nelly Richard en Carreño 122).

El cuerpo como zona, mapa, o territorialidad tiende en la narrativa de Eltit, pero en especial en su novela *Impuesto a la Carne*, a problematizar la producción desde un sentido dominante de orden masculino que se impone desde el proyecto neoliberal. Así, por ejemplo, esta dominación se manifiesta a través de la segregación radical sobre ejes o referentes poblacionales que no yacen vinculados con el contexto de ésta (la producción). De ahí que los cuerpos de los desempleados, los adolescentes o jóvenes rebeldes universitarios, los vagabundos, las prostitutas, los delincuentes, los enfermos, los ancianos, y quienes padecen de enfermedades mentales, se ha transformado en los principales objetivos de ataques, anulaciones y segregaciones por parte del sistema capitalista, pues conforman el estrato opositor al rasgo homogéneo del desenvolvimiento humano, percibido como eje central de la vida (Schulze 6).

La representación del cuerpo femenino en la narrativa eltitiana se construye como una zona de conflicto, donde convergen mecanismos de control y dominación, pero también estrategias de resistencia. En esta dialéctica confrontacional es donde podemos materializar la interdependencia de los conceptos de dominación y resistencia y que nos permite a la vez visualizar el cuerpo femenino subyugado al poderío masculino desde el paradigma del relato institucional que envuelve lo nacional y lo latinoamericano.

La representación del cuerpo femenino que Eltit realiza en la novela *Impuesto a la Carne* procura entrelazar una mirada teórica y estética para ahondar en los sucesos políticos que se inscriben desde la época fundacional de los Estados Latinoamericanos. Es particularmente importante el momento fundacional para Eltit pues éste da cuenta de

espacios comunicativos y políticos a modo de relatos de identificación simbólica forjados bajo un importante sesgo esencialista que se hace evidente en la construcción retórica del concepto nación y patria, como una entidad ahistórica que se equiparan en la novela con el recinto hospitalario. La construcción y socialización de un imaginario fundacional latinoamericano bajo la idea de una misma raíz cultural unido por su herencia fundacional que terminó por invisibilizar la pluralidad y multiculturalidad de este mismo pueblo y especialmente la condición femenina.

A partir de lo anterior, la presente investigación ha desarrollado una lectura biopolítica de la novela *Impuesto a la carne* de la escritora Diamela Eltit. Esta novela se lee como una obra que alegoriza la historia nacional oculta, una en que los cuerpos son patologizados por la institución hospitalaria y disciplinada a partir de mecanismos de dominación patriarcal como el discurso eugenésico que consideró como rol fundamental de las mujeres la procreación. Sin embargo, a partir del análisis de la novela se identificó en relación con la experiencia maternal un espacio de resistencia y subversión al poder y dominación masculina. Así la representación del cuerpo en el relato adquiere una connotación disidente vinculada a la experiencia materna con respecto a los discursos institucionales que perpetuaron el capital simbólico masculinista y, a pesar de que estos cuerpos constituyen evidentemente espacios de colonización, manipulación e intervención del biopoder, la propuesta de Eltit de repensar el vínculo filial en torno a los cuerpos femeninos la lleva a crear un lenguaje capaz no sólo de resistir el disciplinamiento sino subvertirlo.

En tal sentido, el primer capítulo de esta investigación se exponen las prácticas de dominación naturalizadas en torno al cuerpo femenino. El cuerpo femenino al estar subordinado al discurso médico, sus agentes e institución se transforma en un objeto constantemente sometido a regulaciones y mediciones de sus conductas como parte del proceso de medicalización que les asignó un valor social. Las regulaciones a las cuales se somete el cuerpo femenino lo convierten en una entidad sin órganos, del mismo modo que los discursos nacionalistas y el latinoamericanismo buscaron homogeneizar la población bajo la consigna de la necesidad de una cohesión social y de una comunidad imaginada unida. Desde esta forma, los mismos mecanismos de dominación que crean un cuerpo femenino que termina recluido a ciertos espacios sociales de acción y labores (como la casa

y la familia) en la construcción de una república masculina que le niega la igualdad y libertad, el recinto hospitalario centrará esa reclusión en el cuerpo y su medicalización. Sin embargo, si en la república masculina se mantiene la promesa igualitaria, el universo simbólico del recinto hospitalario le niega toda esperanza de libertad al establecer el cuerpo médico un régimen autoritario para la relación saber/poder. Pero como en todo régimen autoritario la resistencia emerge como una respuesta que no se hace esperar, sin embargo, ésta puede tomar diversos caminos, siendo la más revolucionaria la que procura torcer los significados simbólicos de los mecanismos de dominación, de la manera como lo hacen las protagonistas de *Impuesto a la Carne* con la maternidad.

La representación de la maternidad en *Impuesto a la Carne* es el tema que se analiza en el segundo capítulo. En especial la forma en que la representación de la maternidad se configura como un espacio de resistencia a la dominación mediante el despliegue de un lenguaje impenetrable al discurso médico. La protección, la complicidad entre madre e hija se presentan en el texto como estrategias de resistencia ante la violencia masculina. Es en la maternidad, donde madre e hija subvierten y prolongan su existencia al interior del recinto hospitalario, hasta conjugar la comuna corporal, sede imaginaria de una utopía del cuerpo: un espacio femenino hermético y cerrado. En el ejercicio de analizar la novela *Impuesto a la carne* de Eltit se ahondado en una de las principales formas en que se coloniza y domina el cuerpo femenino y lo subyuga a una sola identidad. A saber, la maternidad y la mujer madre.

Desde esta perspectiva, la propuesta de Diamela Eltit permite pensar la necesidad de hacer visible y aceptar la proliferación de identidades diversas con cuerpos múltiples para desestabilizar las restricciones institucionales como lo sugiere la filósofa feminista Judith Butler en *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. En especial, cuando vemos que sigue siendo una zona de disputa nuestra historia reciente en que los cuerpos históricos han sufrido los embates de la dictadura, disciplinamiento, muerte y desapariciones, y un presente en los cuerpos diferentes son objeto de violencia e intolerancia (homofobia, xenofobia, misoginia).

En este sentido, la novela *Impuesto a la carne* problematiza el cuerpo femenino visibilizando como las sociedades están a travesadas, construidas y sustentadas en una política de los cuerpos. Así como declara Butler, *los cuerpos importan*, importan de tal

manera que es imposible pensar las identidades sin asociarlas a los cuerpos, sean estos enfermos, viejos, femeninos, masculinos, trans, maternales o infértiles. Cuerpos como los de las protagonistas de *Impuesto a la Carne*, en suma, expresan identidad, diferencia, experiencias, dolores, al mismo tiempo que nos hablan de tragedia, hazañas, fracasos y resistencias; pero también cuerpos que nos llevan a repasar nuestro pasado para permear el presente. Es a partir del desarrollo de este pensamiento que se pueden proyectar futuras investigaciones. Por ejemplo, explorar la complejidad discursiva con que los cuerpos femeninos terminan siendo colonizados por modelos de comportamientos y estéticos irreales controlados no sólo por el mercado de la moda y la publicidad, sino por el discurso médico colonizado por el mercado sigue siendo un centro de poder discursivo sobre los cuerpos no sólo femeninos sino también masculinos, con el actual imperativo de poseer y mantener un cuerpo saludable y ejercitado. No en vano, Eltit advierte que “el cuerpo es, entre otros imperativos, una sede de negocios: múltiples, incesantes paradójicos” (Eltit, *Réplicas* 29)

Entre esas paradojas, la novela de Eltit nos invita a explorar también una las representaciones del cuerpo asociadas a nuevas patologías en el escenario de las “redes sociales”, como un cuerpo mediático y mediatizado, en donde hombres y mujeres, ricos y pobres sucumben a la deshumanización y esclavitud adscrita al mecanismo autómatas del consumo. Estas lecturas y problemáticas las podemos encontrar en otra obra de la escritora Diamela Eltit como es el caso de *Fuerza especiales* (2015). En esta novela una joven de un barrio marginal narra en primera persona su existencia entre su bloque y el ciber, donde se prostituye por un puñado de pesos. Aquí se narran una serie de tópicos característicos de la poética de la autora: el cuerpo femenino, como sistema de inscripción de la violencia política, la disgregación del núcleo familiar, los procesos de cosificación de los ciudadanos en época de un neoliberalismo exacerbado. Al mismo tiempo, abre nuevas pistas interpretativas, volcadas al análisis de los efectos de la globalización en la vida urbana y de las patologías de la contemporaneidad

Ahora bien, aspecto a seguir profundizando en la obra *Impuesto a la carne*. Se trata de la temática que subyace en torno a la ideología anarquista como forma de resistencia y rebeldía en las representaciones del cuerpo femenino de la novela. Forma, que no fue analizada en la presente investigación, pues sobrepasaba los objetivos propuestos. De esta

manera, queda pendiente este análisis, que a nuestro entender debería involucrar la exploración de archivos históricos de los primeros movimientos anarquistas femeninos en Chile, y con las representaciones anarquistas que manifiestan los cuerpos femeninos al interior del recinto hospitalario, y así enriquecer y ampliar la lectura de esta novela. Además, se podría extrapolar la investigación con la última novela de la escritora *Sumar* (2018). En esta obra, el paralelismo entre el cuerpo amorfo de los cuerpos femeninos al interior del recinto hospitalario y el cuerpo de dos mujeres que llevan el mismo nombre, Aurora Rojas, es evidente. Ambos son dos cuerpos en uno, habitan anárquicamente un escenario saturado por mecanismo de dominación. No obstante, gracias a la proximidad del otro corpóreo, se puede volver habitar el mundo, en el prisma de una precariedad recobrada, se puede crear un mundo posible de resistencia compartida.

Finalmente, cabe agregar que el estudio de las representaciones del cuerpo no deja de ser una tarea pendiente a seguir analizando en la obra de Eltit, en donde estas representaciones asumen diferentes superficies textuales: “un cuerpo que transcurre como mano de obra, objeto libidinal, campo de batalla, zona religiosa, riesgo epidémico, punto de experimentación, botín del mercado, producción de ilegalidad, entre otros experimentos” (Eltit, *Réplicas* 23). Especialmente ahora que acaba de recibir el Premio Nacional de Literatura 2018 como reconocimiento a su trabajo literario, crítico y reflexivo. Hay que destacar que su obra en conjunto es fuente de conocimiento y rebeldías que ha adquirido un valor significativo a la luz de la explosión del movimiento “Mayo feminista”, pues su narrativa y escritos son un recurso valioso como herramienta de memoria y pensamiento disidente, contrahegemónico y provocador.

VIII. Obras citadas

- Agamben, Giorgio. *Homo sacer: Sovereign Power and Bad life*. Stanford: Stanford University Press, 1998.
- Arteaga, Nelson. El espacio de la violencia: un modelo de interpretación social Sociológica, México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2003 18 (52), pp. 119-154.
- Avelar, Idelber. *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago: Cuarto propio, 2000.
- Bachelard, Gaston. *La poétique de l'espace*. Paris: PUF, 1957.
- Barrientos, Mónica. "Sujetos y bioespacio en la narrativa de Diamela Eltit". *La ciudad y los imaginarios locales en las literaturas latinoamericanas*, Marcelo Novoa. Valparaíso: Ediciones Puerto de Escape, 2009. pp. 199-208.
- Beauvoir, Simone. *El segundo sexo*. Buenos Aires: Sudamericana, 1999.
- Bloch, Ernst. *El principio esperanza*. España: Aguilar, 1977.
- Bourdieu, Pierre. *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama, 2000.
- Brito, Eugenia. *Ficciones del muro, Brunet, Donoso, Eltit*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2004.
- Butler, Judith. *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: Paidós, 2010.
- Cabana, G. *¡Cuidado! Tus gestos te traicionan*. Barcelona: Editorial Siri, 2008.
- Carreño, Rubí (ed.). *Diamela Eltit: Redes globales, redes locales*. Iberoamericana, 2009
- Césaire, Aimé. *Discurso sobre el colonialismo*, Madrid: Akal. 2006.

- De Certeau, Michel. *La invención de lo cotidiano. I Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana, 1996.
- Deleuze, G. "Control y devenir". *Conversaciones 1972-1990*. Valencia: Pre-textos, 2014. pp. 270.
- Díaz, Reinaldo. "Poder y resistencia en Michel Foucault". *Tabula Rasa* n° 4 (2006): 103-122.
- Durán, Alejandro. *Medicalización, Higienismos y Desarrollo Social en Chile y Argentina, 1860-1918*. Tesis Universidad de Chile, 2012.
- Eltit, Diamela. *Impuesto a la carne*. Editorial Planeta S.A, 2010.
- Eltit, Diamela. *Réplicas*. Editorial Planeta S.A, 2016.
- Fals Borda, O. "Prólogo a siguiendo el corte". *Relatos de guerras y de tierras*. Bogotá: El áncora, 1989.
- Foucault, Michel. "La filosofía analítica de la política". En *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales, Volumen III*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A. 1994. pp 111-118.
- Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad I. La voluntad del saber*. México: D.F: Siglo Veintiuno, 1998.
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar. Nacimiento de una prisión*. México: Editorial Siglo Veintiuno, 2000.
- Foucault, Michel. "Verdad y poder. Diálogos con M. Fontana", *Foucault, Michel, Un dialogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid: Alianza Editorial, 2000. pp. 128-145.
- Goff Le, Jacques, y Troung, Nicolás. *Una historia del cuerpo en la edad media*. Barcelona: Paidos, 2005. pp. 19-22

- Gongora, Álvaro, y Sagredo, Rafael (Compiladores). *Fragmentos para una historia del cuerpo en Chile*. Santiago: Aguilar Chilena de Ediciones, 2010.
- Gonzales, Ana. *Usos y estatutos del cuerpo: Lacan y el pensamiento contemporáneo*. Tesis Universitat Autònoma de Barcelona, 2013.
- Gramsci's Prison Notebooks, Rethinking Marxism, 2006. pp. 1-7.
- Jordan, J.F. *La muerte en la relación médico-paciente*. Santiago: Psiquiatría, 1982. pp. 613.
- Kristeva, Julia. *Poderes de la perversión*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1980.
- Lacqueur, T. *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1990.
- Lemke, Thomas. *Introducción a la biopolítica*. Mexico: Fondo de cultura económico, 2007.
- Llanos M., Bernardita (ed.) (2006). *Letras y proclamas: la estética literaria de Diamela Eltit*, Santiago: Cuarto propio, 2006.
- Larrasa, Jorge. *La experiencia de la literatura estudio sobre literatura y formación*. Barcelona: Laertes S.A de ediciones, 1996.
- Lerner Gerda. *La creación del patriarcado*. Trad. Mònica Tusell. Pamplona: Katakarak, 2017.
- Mansilla, Sergio. "Literatura e identidad cultural". *Estudios Filológicos* n° 41 (2006): pp.131-143.
- Martin Barbero, Jesús. *De los medios a las meditaciones: comunicación, cultura y hegemonía*. México: G. Gili, 1987.
- Ostrov, Andrea. *El género al bias- cuerpo género y escritura en cinco narradoras latinoamericanas*. Córdoba: Alción Editora, 2008.
- Paris, María. "Racismo y nacionalismo: la construcción de identidades excluyentes". *Política y Cultura*. (1999).

- Preciado, Beatriz. "Tecnologías del sexo". *Manifiesto contra-sexual. Practicas subversivas de la identidad sexual*. Madrid: Editorial Opera Prima, 2003. pp. 118-135.
- Rancière, Jacques. "Política de la literatura". *Política de la literatura*. México: Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Retamal, Christian. "Consideraciones sobre poder y dominación en la formación de la subjetividad moderna". Retamal, Christian. (2008). *Universum* n° 23(2006): pp. 166-183
- Mendizábal, Ivan. "Impuesto a la carne: Memoria del desastre Impuesto a la carne". *Perífrasis*, n°6 (2015): pp.10-15
- Rojas, Jorge. Los rasgos físicos de los chilenos. pp. 41-50.
- Saletti-Cuesta, Lorena. "Propuestas teóricas feministas en relación al concepto de maternidad". *LEPSYDRA* n°7 (2008): pp. 169-183.
- Abal, Paula. "Notas sobre la noción de resistencia en Michel de Certeau. *KAIROS. Revista de Temas Sociales* Vol. 22 n° 11 (2015): pp. 1-11.
- Hall, Stuart. *Critical dialogues in Culture Studies*. Londres, Routledge, 1996. pp. 25-46.
- Subercaseaux, Bernardo. *Raza y Razón: El caso de Chile*. Tesis Universidad de Chile, 2007.
- Shulze, Valentina. *Arte y violencia, alteridad periférica y heterotopía en la estética de Diamela Eltit (1979-1989)*. Tesis Universidad de Chile, 2009.
- Torodov, Tzettan. *La Conquista de América. El problema del otro*. Editorial: Siglo XXI, México, 2007.
- Walter, Benjamin. *The origin of German tragic drama*. Trans, 1985.
- Wieviorka, Michel. "La violencia: deconstrucción y constitución del sujeto". *Espacio Abierto. Cuaderno Venezolano de Sociología* vol. 15 n° 1 (2006): pp. 239-248.

Wittig, Monique. *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Reacia Ediciones, 1992.

Zanetti, Susana. “Ángel Rama y la construcción de una literatura latinoamericana”. *Revista Iberoamericana* n° 160, (1992): pp. 919-932.

Zárate, María Soledad (Compiladora). *Por la salud del cuerpo. Historia y políticas sanitarias en Chile*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2008.